LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA

MANOLA-MANOLO

HUMORADA EN UN PROLOGO Y TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Cervantes
la noche del 14 de mayo de 1935

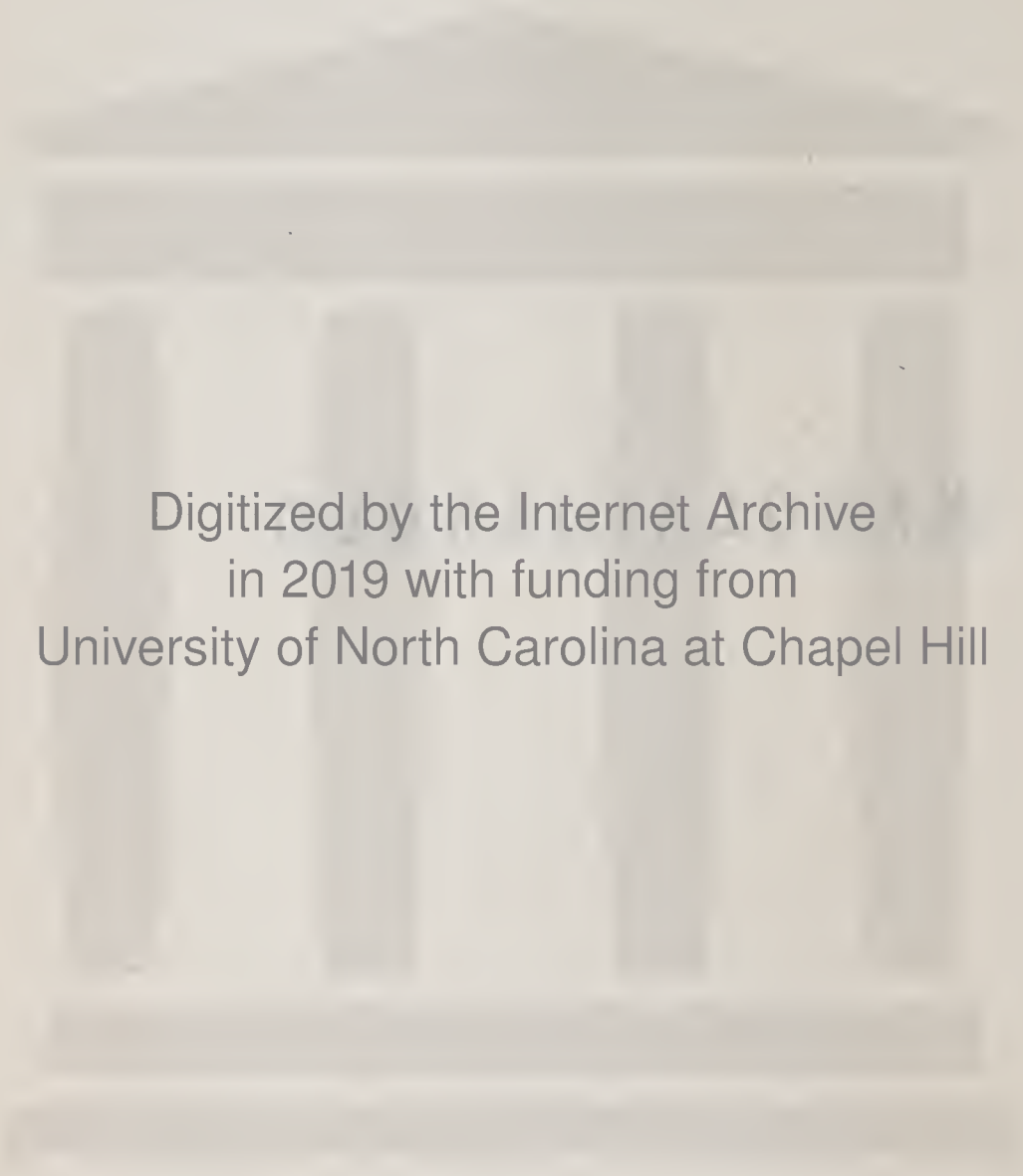
PRIMERA EDICION

Printed in Spain

ARTES GRÁFICAS
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
MADRID

14

MANOLA-MANOLO



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/manolamanolohumo00fern

LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA

MANOLA-MANOLO

HUMORADA EN UN PROLOGO Y TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Cervantes
la noche del 14 de mayo de 1935

PRIMERA EDICION

Printed in Spain

ARTES GRÁFICAS
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
MADRID

16

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad General de Autores de España son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, 1935, by Luis Fernández de Sevilla.

DEDICATORIA

A la gran actriz Aurora Redondo, que con su arte inimitable supo dar vida al difícil papel de Manola-Manolo, elevando con su triunfo el éxito de esta comedia.

LUIS F. DE SEVILLA

725112

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Manola	Aurora Redondo.
Doña Damiana	Rafaela Rodríguez.
Eugenia	Consuelo Nieva.
Doña Asunción	Julia Medero.
Tilín	Araceli Rodríguez.
Emilia	Carmen Caballero.
Gregorio	Valeriano León.
Arturo	Julián Pérez Avila.
Don Blas	José Alfayate.
Cortezo	José Porres.
Maenza	Francisco Melgares.
Don Federico	José Marco Davó.
Don Hipólito	Julio Costa.
Bermúdez	Santos Asensio.
Galeano	José M. Navarro.

En Madrid, y en nuestros días. Indicaciones del lado del actor.

PROLOGO

Gabinete de espera de los SEÑORES DE CARRANQUE, matrimonio dentista bien establecido. Puerta al foro; dos a la derecha y otra en primer término de la izquierda; en segundo término de dicho lado, un balcón. La del primer término de la derecha es de cristales esmerilados y da paso a la clínica. El gabinete aparece a oscuras.

(*A poco de levantarse el telón un reloj de pared da cinco campanadas. Se abre la puerta del fondo; entran* MANOLA *y* GREGORIO *y encienden la luz. Ambos vienen de correr una juerga elegante, y se les nota que han bebido de largo; a Gregorio más que a Manola. Han debido también reñir con alguien, pues ella trae el pelo alborotado y él la pechera arrugada y algo descosido el "smoking". Manola, más dueña de sí que su pareja, guarda el equilibrio de los dos. Avanzan, no sin dificultades, hasta un sofá que hay en primer término.*)

GREGORIO. (*Cantando.*) Triste es la vida de Mar, Mar, Mar, Martínez. (*Se desploman en el sofá.*)

MANOLA. Ea. Ya estamos. Ahora en un ratito no te levantes.

GREGORIO. No, no... Descuida. Pero... ¿por qué han cambiado de sitio este sofá?

MANOLA. ¿Cambiado?

GREGORIO. Sí; está mucho más lejos de la puerta. ¿No?

MANOLA. Es posible. No estamos para discutir.

GREGORIO. Esta noche... Yo creo que esta noche nos hemos pasado de la raya. (*Tararea un vals y luego se echa a reír.*) ¡Mira que has bebido, Manola!

MANOLA. Más que tú.

GREGORIO. Conforme.

MANOLA. Pero lo aguanto mejor.

GREGORIO. Te diré...
MANOLA. Mucho mejor. Y si no, ¿quién te ha traído?
GREGORIO. ¿No hemos venido en auto?
MANOLA. Digo por la escalera.
GREGORIO. Es verdad. ¡Gracias, gracias! (*Le besa la mano.*) Oye: ¿por qué armaste la bronca?
MANOLA. ¿Cómo por qué? ¿Pero no oiste que aquel pollo escotado te llamó percebe?
GREGORIO. Que se los pidió al camarero.
MANOLA. Pero indicándote a ti: Percebes como éste.
GREGORIO. ¿Y de dónde sacó ese pollo que yo acababa de llegar de la Coruña?
MANOLA. ¡Me dió un coraje cuando vi que te señalaba!
GREGORIO. Creo que te confundes; cuando me señaló fué después. (*Se lleva la mano a un bulto que tiene en la frente.*)
MANOLA. Pues él no se ha ido de vacío: le encajé la cubeta del champán en la cabeza. ¿Viste? No se la podía sacar.
GREGORIO. ¡Qué apurado se puso! Debía ser sinsombrerista. Dime: ¿y quién ha reñido ahora con el chófer, tú o yo?
MANOLA. Ninguno.
GREGORIO. ¡Ah! Entonces fué la otra noche. ¿O lo hemos oído contar?
MANOLA. No sé. ¡Cómo estamos, Gregorio!
GREGORIO. ¡Qué poca vergüenza tenemos, Manola!
MANOLA. ¿Quieres que nos traigan un poquito de café?
GREGORIO. Si eres tú la que llama al timbre, conforme.
MANOLA. Naturalmente. (*Se levanta y, no sin ciertas vacilaciones, llega al botón del timbre y llama.*) Emilia debe estar levantada.
GREGORIO. (*Que ha intentado levantarse y no lo ha conseguido.*) ¡Dichosa ella que puede!
MANOLA. Conoce nuestra hora. Esa chica vale mucho.
GREGORIO. Fué un acierto buscar para doncella a la hija de un sereno.
EMILIA. (*Por la primera izquierda con un servicio de café.*) El café para los señores.
MANOLA. ¿Suponía usted...?
EMILIA. Es la costumbre. (*Deja el servicio sobre una mesita y hace mutis por donde vino.*)
GREGORIO. ¿Sirvo yo?
MANOLA. No; ahora no sirves. No hay que ser temerario. (*Llena las tazas.*)
GREGORIO. El mío sin azúcar.

MANOLA. Sobra la advertencia.

GREGORIO. El tuyo con muy poco.

MANOLA. Sobra ese poco. ¡Bueno vamos a tener el pulso dentro de unas horas para hacer un empaste!

GREGORIO. ¿Cómo? ¡Ah, sí! Ya no me acordaba de que tenemos que trabajar. ¿El pulso? Mira: ayer en una limpieza de dentadura le hice sangre en las narices al cliente.

MANOLA. Hay que enmendarse, Gregorio. ¿No te parece? Hay que modificar la vida. Esto no es serio.

GREGORIO. Ya te lo digo yo: déjame que me divierta solo.

MANOLA. A un mismo tiempo nos casamos; ¿tú eres dentista?; yo también; ¿lo ganas tú?; lo gano yo; ¿la corres tú?; la corro yo...

GREGORIO. Oye: eso puede tener música. (*Canturreando.*) ¿La corres tú?; la corro yo...

MANOLA. ¿Quieres que nos juergueemos por separado?

GREGORIO. ¡No!

MANOLA. Pues a otra cosa. ¿Estás mejor?

GREGORIO. Sí; parece que me voy despejando un poco.

MANOLA. ¿Podrás llegar hasta la cama?

GREGORIO. ¿En brazos? ¡Ya lo creo!

MANOLA. Todavía no estás para acostarte.

GREGORIO. No; todavía es temprano. ¡Manola, cómo nos queremos!

MANOLA. ¡Ay, yo a ti más de lo conveniente!

GREGORIO. ¿Qué es lo que no te conviene?

MANOLA. Esta vida que hago por no separarme de ti. Yo no he querido al casarnos que tú perdieras tu alegría de soltero. No se debe uno casar para perder, sino para mejorar siempre.

GREGORIO. Exacto.

MANOLA. La mujer, según antiguas normas, suele decir: querido ex novio: se acabó tu vivir indenpendiente, tu libertad de hombre. ¿Que te gusta el cabaret? Pues ya no hay más que la casa. A trabajar para mí y para nuestros hijos y a recordar tu juventud. Eso es un atraso.

GREGORIO. Chócala y échame otra de Puerto Rico.

MANOLA. No es así como debe pensar la mujer moderna, sino lo contrario: ¿Yo te he aceptado como eres porque como eres me gustaste? Pues sigue siendo el mismo, que me gusta. ¿Yo soy tu compañera? Pues contigo a todas partes. Que miras a una, la miro yo también, y como la miramos los dos,

pues ella... tiene que ser muy mirada. Ya ves que las dejo acercar a nuestra mesa, y hasta las convidamos. Hablo con ellas, bromeamos todos y, al final, te das cuenta de que tu mujer vale más que ninguna.

GREGORIO. ¡Ole mi mujer! Si me repites eso dentro de dos horas te paseo en brazos por toda la casa.

MANOLA. Cuando tú dejes de correrla, yo también.

GREGORIO. ¡Hombre, claro!

MANOLA. La única pena que tengo es que...

GREGORIO. ¿Qué?

MANOLA. Que algún día nos quedemos viudos.

GREGORIO. ¿Cómo?

MANOLA. Bueno: que te quedes tú. Entonces, como los hombres olvidáis tan pronto...

GREGORIO. Manola, que no se nos ponga el vino triste.

MANOLA. Querrás a otra.

GREGORIO. ¿Yo? Yo no puedo querer a nadie porque he gastado en ti todo mi cariño. Yo sería el hombre más desgraciado de la tierra; yo..., yo creo que debemos dejar esta conversación porque me va a dar llorona.

MANOLA. ¡Mira: daría media vida por una cosa!

GREGORIO. ¿Por qué?

MANOLA. Por morirme y poder ver lo que hacías.

GREGORIO. ¿Media vida por morirte? ¡Qué mal comprende uno las cosas cuando está borracho!

MANOLA. Sí, Gregorio, compréndeme; morirme y no morirme; ver cómo enamorabas a otra y poderte llamar ingrato y mal viudo.

EMILIA. (*Por donde se fué.*) Los señores tienen la cama preparada.

MANOLA. Gracias, Emilia.

GREGORIO. Este mes tiene usted dos duros más.

EMILIA. Gracias. (*Hace mutis.*)

MANOLA. ¡Dos duros, Gregorio!

GREGORIO. Calla, mujer: los borrachos no somos responsables.

MANOLA. (*Invitándole a levantarse.*) ¿Te atreves?

GREGORIO. Sí, hombre; pero si estoy como... (*Intenta levantarse y vuelve a caer sentado.*), como para un partido de fútbol.

MANOLA. (*Indicando al balcón.*) Mira: empieza a amanecer. ¡Qué vergüenza!

GREGORIO. ¿Por qué dejarán que amanezca tan temprano? ¡Este Ayuntamiento!...

MANOLA. ¡Arriba! Agárrate a mi cuello.

GREGORIO. No, no; si no hace falta. Dame el brazo. ¿Ves? No hay más que perder el miedo. (*Se encamina a la primera izquierda, canturreando.*) Triste es la vida de Mar, Mar, Mar, Martínez.

MANOLA. Despacito.

GREGORIO. ¿A dónde vamos?

MANOLA. ¿Cómo a dónde? ¡A la cama!

GREGORIO. ¡Chófer: cabaret colchón!

O S C U R O

ACTO PRIMERO

El mismo lugar de acción. Por la tarde y en plena consulta de los SEÑORES DE CARRANQUE.

(*Esperando a que les llegue el turno correspondiente están* DOÑA ASUNCIÓN *con su hija* TILÍN, BERMÚDEZ, DON HIPÓLITO *y* CORTEZO. *Este muestra un carrillo bastante inflamado y ojea de mala gana una revista. De vez en cuando lanza un quejidito discreto.*)

D.ª ASUNC. (*A media voz, a su hija.*) ¿Te sigue doliendo?
TILÍN. (*Molesta por la pregunta.*) No.
D.ª ASUNC. Sí; sí te duele; te lo conozco.
TILÍN. Calla, mamá.
D.ª ASUNC. (*En voz más alta.*) ¿Por qué, hija? ¿De qué te avergüenzas? Todos los que venimos aquí venimos a lo mismo. (*A don Hipólito.*) ¿Verdad, caballero?
D. HIPÓLITO. No; perdone. Yo quizás no venga a lo mismo que ustedes.
D.ª ASUNC. ¡Ah!
TILÍN. (*En voz baja.*) ¡Mamá: eres muy entrometida! Me pones nerviosa.
D.ª ASUNC. ¿Y te duele más, hija?
TILÍN. (*Observándose.*) ¡No! ¡Cosa más rara! Cuando me ataco un poco a los nervios se me quita el dolor.
D.ª ASUNC. Pues voy a seguir siendo entrometida. (*A don Hipólito.*) ¿Dice usted que no viene a cosa de la boca?
D. HIPÓLITO. De la boca, sí; pero..., bueno, de la boca, no.
D.ª ASUNC. ¿Es una adivinanza?
TILÍN. ¡Mamá!

D.ª ASUNC. ¡Calla, Tilín, calla!

BERMÚDEZ. (*A don Hipólito.*) Si no me equivoco, creo que coincidimos aquí esta mañana.

D. HIPÓLITO. Aquí, no; en la puerta. No nos dejaron pasar.

D.ª ASUNC. No hubo consulta. Creo que estaban los dos en una operación muy difícil.

D. HIPÓLITO. A nosotros no nos dejan pasar aunque haya consulta.

BERMÚDEZ. Cierto, cierto. ¿Y cómo se ha valido usted hoy para que le franqueen el paso?

D. HIPÓLITO. Seguramente como usted: el sombrero a la cara, el pañuelo en la boca...

BERMÚDEZ. ¡Eso! Y preguntando con voz dolorida por el dentista. (*Ríe.*)

D.ª ASUNC. Ella creo que trabaja mejor que el marido todavía.

BERMÚDEZ. Los dos son magníficos...

D. HIPÓLITO. Tramposos.

BERMÚDEZ. Eso quería decir. Y conste que siento tener que desacreditarles en su misma consulta.

D. HIPÓLITO. Yo, no. Si no puedo cobrar, me desahogaré por lo menos.

BERMÚDEZ. Usted es el gerente de Martínez Hermanos, ¿verdad?

D. HIPÓLITO. Soy el mismo Martínez Hermanos. Ya sabe usted. Dientes y muelas artificiales.

BERMÚDEZ. Sí, sí. (*Entra por el foro* ARTURO *guiado por* EUGENIA, *ayudante de la clínica, que viste bata blanca.*)

EUGENIA. Pase y siéntese; haga el favor. (*Se va.*)

ARTURO. Buenas tardes. (*Unos le contestan y otros no. Toma asiento entre don Hipólito y Bermúdez.*)

BERMÚDEZ. (*A don Hipólito.*) ¿Y es mucho lo que le ha sacado a usted?

D. HIPÓLITO. Tres mil muelas. (*Arturo mira con asombro a don Hipólito.*)

BERMÚDEZ. Pues a mí también me ha cogido un buen bocado.

D. HIPÓLITO. No me extraña. Creo que deben hasta el sillón.

D.ª ASUNC. ¿Pero estos señores no lo ganan muy bien? Tienen una gran clientela.

D. HIPÓLITO. Sí, sí; lo ganan bien, pero se lo gastan mejor. ¡Corre cada juerguecita el matrimonio!

D.ª ASUNC. ¿Juntos?

BERMÚDEZ. Sí, señora. Ella creo que es un marimacho.

D. HIPÓLITO. ¡Toma! Como que cuando él no tiene fuerzas para extraer un hueso la llama a ella.

BERMÚDEZ. Por las malas creo que es terrible. Dicen que da las bofetadas como los de asalto: aspirando al ascenso.

ARTURO. Señores: perdonen la intromisión. ¿Hablan ustedes de los señores de Carranque?

D. HIPÓLITO. De ellos hablamos. Y si es usted amigo o pariente de ellos sentimos que esta conversación...

ARTURO. No, no los conozco.

BERMÚDEZ. Pues son un par de gangas. ¿Sabe usted? Cobran caro, trabajan mal y no le pagan a nadie.

ARTURO. Entro aquí por primera vez para un arreglo de boca. Un puente que tienen que hacerme. Me han dicho que son buenos dentistas.

D. HIPÓLITO. Sí, sí. ¿Un puente? Le harán a usted una alcantarilla y le cobrarán el viaducto.

TILÍN. Perdonen, ¡eh!, pero yo creo que estos señores son un poco exagerados. A mí me están tratando muy bien.

BERMÚDEZ. (*Galante.*) A usted, señorita, no hay quien la pueda tratar mal con esa cara.

TILÍN. Muchas gracias.

D.ª ASUNC. Ya creo que ha terminado. (*Se siente un portazo hacia el fondo. Cortezo repite los quejidos.*)

D, HIPÓLITO. Sí; ya se va el cliente. ¿Le toca a usted, verdad, señorita?

D.ª ASUNC. Justo; le toca a mi niña. Pero como ahora está más aliviada no tiene inconveniente en cederle la vez a este señor (*Por Cortezo.*), que al pobre se le ve que está rabiando.

CORTEZO. No, muchas gracias. Si yo no vengo a que me curen.

D.ª ASUNC. Como tiene esa inflamación...

CORTEZO. Sí; es que... Es que yo me dedico a cobrar facturas incobrables.

D. HIPÓLITO. ¡Otro!

CORTEZO. Sí, señor. La casa Molina, de instrumental para dentistas, me ha dado, al cincuenta por ciento de comisión, una factura de los señores Carranque.

D.ª ASUNC. Yo creí que le dolían a usted las muelas.

CORTEZO. No, señora. Los que nos dedicamos a esto no podemos tener muelas. Nos pasa lo que a los boxeadores con la nariz: nos sobra.

D.ª ASUNC. Como se queja usted tanto...

CORTEZO. Porque me duele este lado de la cara. Que coinciden todos en el mismo sitio. Cuando he entrado

aquí venía de presentar una factura en la contaduría de un teatro.

BERMÚDEZ. ¿Y lo han recibido a usted de uñas?

CORTEZO. Por el estilo. Tuve el mal acuerdo de quererla cobrar por la taquilla; metí la cabeza...

D. HIPÓLITO. ¿Y le han dado muy fuerte?

CORTEZO. ¡Fíjese usted! Creo que iban por la fila segunda y eran las seis y media.

D.ª ASUNC. ¡Dios mío, qué oficios más raros hay hoy! ¡Mira que a lo que se dedica este señor! ¿Pero le pagan alguna vez?

CORTEZO. Yo cobro siempre (*Sacando unas tarjetas y repartiéndolas.*) Por si alguna vez pudiera serles útil, ya saben: "Agencia Cortezo", Belén, ochenta. Cortezo soy yo, servidor de ustedes. Se cobra todo al cincuenta por ciento y se responde con la cara. (*Arturo ha cogido un periódico y parece que se embebe en su lectura.*)

GREGORIO. (*Abriendo la puerta de la derecha y asomando.*) Pase el primero. (*Se da cuenta de la presencia de los indeseables y cierra con rapidez. Arturo se ha tapado la cara con el periódico.*)

D. HIPÓLITO. (*A Bermúdez.*) ¿Vamos, amigo?

BERMÚDEZ. Creo que está ella.

D. HIPÓLITO. ¿Le teme usted?

BERMÚDEZ. No, no importa.

D.ª ASUNC. (*Que con Tilín se dirige a la derecha.*) ¡Por Dios, con nosotras no entren ustedes!

BERMÚDEZ. ¿Por qué no?

TILÍN. ¡Bueno les van a poner el pulso para que me empasten!

D. HIPÓLITO. No se preocupe, señorita. (*Hacen mutis derecha doña Asunción y Tilín, y tras ella don Hipólito y Bermúdez.*)

ARTURO. Perdone la pregunta: ¿Es la primera vez que viene usted a esta casa?

CORTEZO. La primera y la última. Yo no hago más que una visita a cada deudor.

ARTURO. ¿Y logra usted su objeto?

CORTEZO. Casi siempre.

ARTURO. No me lo explico.

CORTEZO. Es que yo no me voy de la casa hasta que no me pagan.

ARTURO. Es que pueden echarlo a empujones.

CORTEZO. No pueden porque yo me tiro al suelo. Escandalizo, acuden los vecinos y los guardias...

ARTURO. Y lo detienen.

CORTEZO. Sí, señor; y por la calle voy diciendo el motivo a gritos. Le doy la factura a mi mujer, que me espera en la esquina, y viene ella.

ARTURO. ¡Ah, vamos! Apremio de segundo grado.

CORTEZO. Eso es. Y para tercer apremio quedan en la reserva siete chiquillos, mi suegra y mi cuñada. Pero casi nunca hay que recurrir a esto. Como yo empiezo exponiendo el programa con toda claridad... (*Se sienten hacia la derecha voces que discuten, destacándose de entre todas las de* MANOLA. *Luego se van alejando hasta perderse por el pasillo de la casa.*)

ARTURO. ¡Se armó!

CORTEZO. Esos no saben hacerlo; se dejan echar. (*Vuelven a oirse otra vez las voces, pero por el fondo.*)

D. HIPÓLITO. (*Asomando precipitadamente por el foro, pero sin avanzar en escena.*) ¡Eh, amigo Cortezo!

CORTEZO. ¿Qué?

D. HIPÓLITO. Tome. Mi factura y la del otro señor. Al cincuenta por ciento, ¿eh?

CORTEZO. Se cobrará. (*Don Hipólito hace mutis.*)

VOZ DE MANOLA. ¡Fuera! ¡Fuera! (*Otro portazo.*)

CORTEZO. ¿Ve usted? Cuando se trabaja a conciencia se hacen clientes en todas partes.

ARTURO. ¿Piensa usted cobrarlas hoy?

CORTEZO. La duda ofende. Estas dos y esta de la casa Molina.

ARTURO. ¿Y si a mí me molestara que armase usted escándalos aquí?

CORTEZO. ¿Qué quiere usted que le diga a eso? Yo vivo de mi trabajo. Si a usted le molesta, con marcharse...

ARTURO. ¿Qué importan esas dos facturas?

CORTEZO. Son tres.

ARTURO. Me refiero a esas dos últimas.

CORTEZO. Espere. Aún no las he visto. (*Sumándolas in mentis.*) Novecientas.

ARTURO. Yo se las pago.

CORTEZO. ¿Dónde vive usted?

ARTURO. No. A mí no me hace usted visitas. Se las pago ahora mismo. Esas dos, ¿eh? De la otra aplaza usted el cobro todo lo que pueda. ¿Hace?

CORTEZO. Conforme.

ARTURO. Ahí van.

CORTEZO. Pues muchas gracias, y ya sabe: "Agencia Cortezo". Si necesita cobrarle a un moroso...

ARTURO. Sí, sí. Me acordaré de usted; no cabe duda.

CORTEZO. Hoy se me está dando bien el día.

ARTURO. Menos lo del teatro.

CORTEZO. Sí. Es que allí no entré; no hice más que asomar. Pero esta noche hay estreno y me voy a colar por el escenario. ¡Vaya, salud! (*Hace mutis foro.*)

GREGORIO. (*Asomando con escama a la derecha.*) Pase el siguiente.

ARTURO. ¡Voy!

GREGORIO. ¡Chico! ¿Pero qué haces aquí? (*Se abrazan.*) ¿Cuándo has venido? ¿Por qué no me has avisado?

ARTURO. He querido darte la sorpresa. Acabo de llegar.

GREGORIO. (*Con inquietud.*) ¿Ahora, ahora mismo?

ARTURO. Ahora mismo. He querido saber cómo hablan de ti tus clientes y he entrado en plan de dolor de muelas.

GREGORIO. Hoy es día flojo. Otros días se pone esto que impone.

ARTURO. (*Con intención.*) ¿Pero tienes más?

GREGORIO. ¡Muchos! Aunque mi talento no es el tuyo, querido doctor. Ya he leído tus triunfos en Alemania. Sé que vuelves hecho un sabio biólogo. Yo creí que te ibas a quedar allí para siempre. ¿Cuántos años han sido?

ARTURO. Seis. Aun no habías acabado tú la carrera cuando me fuí.

GREGORIO. Eso. Ya sabes que me casé.

ARTURO. Con Manola, tu compañera de facultad.

GREGORIO. Sí. Al mismo tiempo acabamos los dos la carrera, y, ¡qué casualidad!, al mismo tiempo también nos casamos.

ARTURO. ¡Claro, hombre!

GREGORIO. Eso; tienes razón.

ARTURO. ¡Con Manolita!

GREGORIO. Supongo que no me guardarás rencor, Arturo.

ARTURO. ¿Por qué? ¿Por...? Aquello fué una tontería. Yo no te dije que me gustaba Manola porque tuviera intención de hablarle. Además, yo había ya proyectado mi viaje de estudio al extranjero y no era cosa de meterse en amores. Es que aquella noche me sentí romántico y te hablé... Nada; ni me he vuelto a acordar.

GREGORIO. Me quitas un peso de encima, porque yo... Fuí

un poco granuja, lo confieso. Ahora que lo hice por darte una broma.

ARTURO. Sí. Tú no pensabas nunca en serio.

GREGORIO. Yo me dije: ¡Verás qué sorpresa se va a llevar Arturo cuando sepa que Manola es mi novia! ¡Lo que nos vamos a reír!

ARTURO. ¡Claro, claro!

GREGORIO. Pero luego el cura se encargó de cortarme la risa.

ARTURO. No te puedes quejar. Has hecho una buena boda: guapa, con carrera y el ojito derecho de sus acaudalados tíos; un pleno.

GREGORIO. Sobre todo, que me quiere con locura. ¡Tú no sabes!

ARTURO. Y tú habrás sentado la cabeza, ¿no?

GREGORIO. Chico, te diré: trabajo, pero me divierto tanto o más que antes. Es decir, nos divertimos, porque Manola y yo somos inseparables en todo.

ARTURO. ¿Tenéis hijos?

GREGORIO. No quieren venir; se conoce que se informan de lo juerguistas que somos y se apean en la primera estación. Desde que nos casamos no nos hemos acostado una vez antes de las cinco de la mañana.

ARTURO. ¿Y qué hacéis?

GREGORIO. ¡Anda! Visitar *cabareses,* beber champán, bailar, invitar a nuestra mesa a todas las tanguistas...

ARTURO. ¿No tiene celos de ti?

GREGORIO. Según. Tiene horas en que me parece que estoy con un amigo y otras en que, sin venir a cuento, aparta a empujones de nuestra mesa a todas las invitadas por si las miré o me miraron. Atame esa mosca por donde quieras.

ARTURO. Debilidad nerviosa.

GREGORIO. Nada que se refiera a debilidad. Sin ser robusta, da un puñetazo en un radiador y nos quedamos sin calefacción para todo el invierno.

ARTURO. Sí; ya suponía yo que esta chica tendría un carácter fuerte. Le gustaban los deportes; era algo varonil.

GREGORIO. A ratos nada más. Tiene alternativas que...

ARTURO. ¿Te preocupan?

GREGORIO. No. Jamás reñimos.

MAENZA. (*Por la segunda derecha. Es mecánico. Viste blusa blanca, pero manchada. Viene muy nervioso.*) Don Gre... gorio. ¿Tiene usted la bondad de venir un momento al ta... ller?

GREGORIO. ¿Qué pasa?
MAENZA. Nada; que... que haga usted el favor de venir.
GREGORIO. Hable, Maenza. El señor es de confianza.
MAENZA. Que doña Manola cree que he estropeado un molde; yo creo que no. Pero se ha puesto en un plan que asusta.
GREGORIO. ¿Le ha pegado a usted?
MAENZA. (*Sonriendo.*) No, señor; no ha llegado a tanto.
GREGORIO. Entonces no tiene importancia.
MAENZA. Es que temo un ataque.
GREGORIO. Pues atrinchérese.
MAENZA. Si digo a ella.
ARTURO. Anda, ve, hombre.
GREGORIO. Detrás de usted voy, Maenza.
MAENZA. Mejor es que venga usted delante.
GREGORIO. Ande, ande. Ni que fuera usted un niño. Ya estoy allí. (*Maenza se va refunfuñando por donde vino.*)
ARTURO. Me parece que le tiene un poquito de miedo.
GREGORIO. Es que cuando se siente varonil es algo serio (*Viendo aparecer por el foro a* GALEANO.) Perdona: un cliente.
ARTURO. Sí, sí; atiéndele.
GALEANO. No, don Gregorio; yo soy Galeano, el camarero...
GREGORIO. (*Atajándole e indicándole la primera derecha.*) Pase, pase en seguida.
GALEANO. Traigo la factura de lo que rompieron anoche.
GREGORIO. Por aquí, hombre, por aquí. Cuestión de empaste. (*Entra con Galeano en la clínica. Arturo sonríe comprensivo.*)
MANOLA. (*Por la segunda derecha. Bata y zapatos blancos. Ademanes comedidos; muy femenina.*) ¿Le atienden a usted, caballero?
ARTURO. (*Levantándose.*) ¡Manola!
MANOLA. ¡Ah! ¡Pero si es Arturo! ¿Qué tal, doctor? (*Estrechándole la mano.*) ¿Cómo te ha ido por Alemania? ¿Sabe mi marido que estás aquí?
ARTURO. Estábamos hablando cuando llegó ese... cliente.
MANOLA. Siéntate. ¡Qué satisfacción! Gregorio te aprecia mucho.
ARTURO. Me corresponde. Yo le he querido siempre como a un hermano.
MANOLA. (*Acicalándose con unos adminículos que saca de un bolsillo.*) Es un santo. ¡Cómo nos queremos!
ARTURO. Sí, ya me lo ha dicho... Gregorio es un hombre de suerte; ha encontrado la mujer que le convenía.

MANOLA. Gracias.

ARTURO. Para su genio así..., poco decidido, ¿no?, era precisa una mujer como tú, de entereza, con ánimo para hacer frente a la vida.

MANOLA. No, no creas que mi carácter...

ARTURO. Lo recuerdo. Tú alternabas tus estudios con los deportes y eras una verdadera campeona.

MANOLA. Aquello pasó. Desde que confié mi vida al amparo de un hombre me siento cada vez más femenina. (*Dando un gritito, encogiéndose en el asiento.*) ¡Ay!

ARTURO. ¿Qué? ¿Qué pasa?

MANOLA. ¡Por allí! ¡Por allí! ¡Un ratón!

ARTURO. Tranquilízate. No hacen nada. ¿Dónde está?

MANOLA. (*Pálida y temblorosa.*) ¡Ya! Ya se ha marchado por esa puerta. ¡Dios mío, qué horrible, con aquellos bigotes!

ARTURO. ¿Se los has visto?

MANOLA. No, pero sé que los tienen.

ARTURO. Observo que te has vuelto muy nerviosa.

MANOLA. Sí, doctor, sí. Mira ahora mismo qué pulso.

ARTURO. (*Tomándoselo.*) Haz por tranquilizarte.

MANOLA. No me considero segura más que al lado de Gregorio. ¡Lo quiero tanto!

ARTURO. Bien, Manola; no me lo repitas más, que ya lo sé.

MANOLA. ¿Te molesta?

ARTURO. Tienes muy poca memoria.

MANOLA. ¿Por qué?

ARTURO. No disimules. Tú no puedes haber olvidado que hubo una época en que me interesaste mucho.

MANOLA. ¿Yo? Ahora me entero.

ARTURO. Sería el primer caso en que una mujer no se diera cuenta del amor de un hombre.

MANOLA. ¿Amor? Ya esa es una palabra de más importancia.

ARTURO. Sí, Manola. Gregorio fué conmigo algo desleal. Se lo he perdonado, desde luego. Conociéndole, sabiendo que ha sido siempre un poco..., un poco inquieto, perdona, yo me fuí a Alemania con la esperanza de que vuestras relaciones no habían de formalizarse. Recibí luego la noticia de la boda y me he resignado. ¡Qué le vamos a hacer! No guardo rencor ninguno. Encantado de veros tan felices.

MANOLA. ¡Qué sorpresa me acabas de dar!

ARTURO. Te ruego que des esto al olvido. Aquello pasó.

Yo quiero seguir siendo un buen amigo de Manola y de Gregorio.

MANOLA. ¿De veras, Arturo?

ARTURO. Palabra. (*Se estrechan la mano.*)

MANOLA. ¡Ay!

ARTURO. ¿Te he lastimado? Perdona .

MANOLA. ¡Somos tan débiles las mujeres!...

VOZ DE GREGORIO. No insista usted y escúcheme. Yo le prometo que mañana...

VOZ DE GALEANO. Que no me convence usté, hombre. O me paga ahora mismo o se lo voy a decir de otra manera.

MANOLA. (*Levantándose con energía.*) Dispensa un momento. (*Entra en la clínica.*)

ARTURO. Sí, sí. Por mí no te prives de nada.

VOZ DE GREGORIO. ¡Por Dios, Manola, no te pierdas!

(*Durante un instante se oye hablar, alterada y confusamente, a* MANOLA, GREGORIO *y* GALEANO *al mismo tiempo. Luego suenan un par de sonoras bofetadas, unas carreras por el pasillo y un portazo.*)

ARTURO. ¡Ya está!

GREGORIO. (*Por la derecha.*) Sí, chico, ya está. Lo malo es que este camarero nos carga en la factura las bofetadas.

ARTURO. ¡Qué caso!

GREGORIO. ¡Qué casa querrás decir!

ARTURO. Las dos cosas.

GREGORIO. Como ves, estoy en ridículo: ella pega y yo tengo que gritar y sujetarla.

MANOLA. (*Por el foro a Arturo y con aspecto masculino.*) Perdona este incidente tan desagradable, ¿eh? Son cosas de la vida, y tú no vas a criticarla. Aquí no hay más que tres buenos amigos. ¿Verdad, Gregorio?

GREGORIO. S!, chico; lo que tú quieras. (*A Arturo.*) No te asombres. A pesar de todo, somos muy felices.

MANOLA. ¿Qué? ¿Qué hablas?

GREGORIO. Nada. Que debías invitarnos a una tacita de té. ¿No te parece?

MANOLA. ¡Té! ¡Qué hombre! Os voy a hacer un cock-tail de coñac, limón, ginebra y ajo que os vais a chupar los dedos.

ARTURO. ¡Magnífico!

GREGORIO. Oye: ¿y dónde nos vas a poner la mecha? (*Hacen mutis izquierda.*)

EUGENIA. (*Por la derecha, con* MAENZA.) ¿Pero cómo puede usted aguantar ese trato? ¡Es una salvaje!

MAENZA. Yo le agradeceré a usted que delante mía no la ofenda. Es una mujer de carácter. Un gran tipo de mujer.

EUGENIA. Bueno, bueno. Si a usted le gusta eso.

MAENZA. Yo admiro todo lo que no es vulgar, y doña Manola es original en todo. Lo mismo cuando me sonríe para animarme al trabajo que cuando me tira un molde de escayola a la cabeza.

EUGENIA. ¡Ay, a usted le gusta que le den marcha!

MAENZA. Yo soy paciente y buen cristiano.

EUGENIA. Usted es un auto. ¿Cuántos meses hace que no le pagan?

MAENZA. ¿Le pagan a usted?

EUGENIA. A mí, sí.

MEANZA. Pues yo también cobro.

EUGENIA. Ya lo sé: en escayola. ¡Qué infelices son algunos hombres! ¡Mira que haberse enamorado de...!

MAENZA. ¡Eh, cuidado! Esas son palabras mayores. Que sea un admirador de ese tipo de mujer no quiere decir... Yo respeto la casa en donde estoy. Eso sería por mí parte un juego indigno.

EUGENIA. Usted no querrá jugar, pero doña Manolita le va a dar un día el gordo. (*Indicándole un chichón imaginario.*) Lo confieso. Le tengo rabia a esa mujer.

GREGORIO. (*Por donde se fué.*) ¿Ha entrado algún cliente?

EUGENIA. No, señor.

GREGORIO. Más vale así. Ya hoy hemos tenido bastantes.

MAENZA. La corona de Ramírez ya está lista.

GREGORIO. Ahora iré a verla. Vaya usted puliendo el puente de Segovia.

MAENZA. Está bien. (*Hace mutis segunda derecha.*)

EUGENIA. (*Con coquetería.*) ¿Una servidora le hace falta para algo?

GREGORIO. ¿Ha limpiado usted el instrumental?

EUGENIA. No, señor.

GREGORIO. Pues límpielo. ¿Por qué me mira usted así, caramba?

EUGENIA. ¿Le molesto?

GREGORIO. Me sorprende.

EUGENIA. Es que yo no sé mirar de otro modo.

GREGORIO. Enhorabuena.

EUGENIA. ¿Por qué?

GREGORIO. Porque así le pagarán a usted muchas veces el tranvía.

EUGENIA. Yo vengo en el Metro.

GREGORIO. Pues no entiende usted el negocio (*Observándola.*) ¿Y dice usted que mira siempre así?

EUGENIA. Sí, señor.

GREGORIO. No haberme yo fijado... Ni en ese hoyito de la barba, ni en... ¿Cuánto tiempo lleva usted conmigo?

EUGENIA. Tres meses.

GREGORIO. A noventa días vista.

EUGENIA. (*Aproximándosele.*) ¿Cómo?

GREGORIO. (*Viendo salir a* ARTURO *por donde se fué.*) Ande, limpie el instrumental y márchese cuando guste. (*Aparte.*) (¡No haberme yo fijado en esta anestésica!) (*A Arturo.*) ¿Qué, te marchas?

ARTURO. Sí, chico, para volver en seguida. Manola me ha invitado para que corra esta noche una juerga con vosotros.

GREGORIO. ¡Anda, también propagandista! Pues prepárate a tirar copas.

ARTURO. Sí, ¿eh?

GREGORIO. Para ella el champán es peleón. Salimos a bronca por juerga.

ARTURO. Pero tú tan feliz. ¿No es eso?

GREGORIO. Sí, claro... Aunque te diré: me voy cansando un poco de divertirme. Yo buscaba una mujer comprensiva para mis debilidades, y Manola me ha resultado demasiado comprensiva. Esto que se quede entre los dos. ¿Entiendes?

ARTURO. Si me doy cuenta de todo, hombre. ¿Crees que no estoy estudiando el caso?

GREGORIO. ¿Estudiar? No te endiendo. ¿Qué quieres decir?

ARTURO. ¿Tú has conocido a muchas mujeres del carácter de Manola?

GREGORIO. Ninguna.

ARTURO. Naturalmente.

GREGORIO. Haz el favor de explicarte, Arturo.

ARTURO. Es muy pronto y podría equivocarme. Adiós, hasta dentro de un rato.

GREGORIO. Oye, oye.

ARTURO. Nada. No te preocupes; no tiene importancia. (*Se va por el fondo. Gregorio queda preocupado.*)

MANOLA. (*Por donde se fué.*) Oye, Gregorio: ¿te has dado cuenta de que necesitamos dinero?

GREGORIO. Sí; lo vengo notando desde hace días.

MANOLA. La cocinera me ha confesado que no le queda ya un céntimo de lo que le dimos.

GREGORIO. ¿Es posible? Fueron cincuenta duros hace cuatro días.

MANOLA. Sí; pero anteayer le pediste tú treinta duros y yo ayer quince.

GREGORIO. ¡Cómo gasta esa mujer!

MANOLA. Pues para la juerga de esta noche necesitamos dinero.

GREGORIO. ¡Ah! Eso es sagrado.

MANOLA. Yo, sin consultártelo, he hecho una cosa... A ver qué te parece: les he telefoneado a mis tíos que vengan.

GREGORIO. No vendrán.

MANOLA. Sí.

GREGORIO. Que no, mujer. Ellos saben que como entren aquí se ganan el sablazo; y recuerda lo que nos dijeron la última vez.

MANOLA. Sí; pero yo les he dicho por teléfono una palabrita misteriosa que los hará venir aquí antes de diez minutos. Por lo menos eso me han prometido.

GREGORIO. Les has dicho que nos divorciamos.

MANOLA. Otro embuste de ese calibre. Cuando se está en nuestra situación no hay más remedio que mentir. Ahora a ver si te despabilas y no me dejas por embustera.

GREGORIO. Pero ¿qué les has dicho?

MANOLA. ¿No lo supones? Lo único que les podía reconciliar con nosotros. Que yo... (*Le da a entender que se siente madre.*)

GREGORIO. ¡Ah! ¡Vamos!

MANOLA. Y que tú...

GREGORIO. ¿Que yo también...?

MANOLA. Que tú estás loco de contento y deseando que ellos participen de esta alegría. ¡Ay, si fuera verdad, Gregorio!

GREGORIO. Déjalo en embuste, que da menos que hacer.

EUGENIA. (*Por la derecha y en traje de calle.*) ¿Quiere usted alguna cosa, don Gregorio?

MANOLA. No, señorita: mi marido no quiere nada y yo tampoco.

EUGENIA. Pues hasta mañana.

MANOLA. Vaya con Dios, so amable. Esta niña me va a mí escamando un poco, ¿sabes?

GREGORIO. ¡Mujer!

MANOLA. Que yo la observo. En el trabajo está siempre demasiado encima tuya.

GREGORIO. ¿Pero vas a tener celos? Para mí no habrá nunca otra mujer que tú.

MANOLA. ¡Calla, ladrón, que si enviudaras! Lo que yo daría por verte desde el otro mundo.

GREGORIO. Me ibas a echar un caramelo. (*Entran por el foro* DOÑA DAMIANA *y* DON BLAS. *Son dos tipos de ricachones con cara de atontados.*)

D.ª DAMIAN.ª ¿Pero es verdad, hija; pero es verdad? (*Se aproxima a ella, la examina con cariño y la besa repetidas veces.*) Hija de mi alma: esto me hace olvidarlo todo.

DON BLAS. (*A Gregorio, con la misma emoción.*) ¿Pero es verdad? ¿No serán ilusiones? Si yo creí que vosotros no...

GREGORIO. ¿Por qué, hombre? ¡A ver si para eso hay que estudiar arquitectura!

DON BLAS. No hemos hecho más que recibir tu aviso a las seis y cuarto...

D.ª DAMIAN.ª A las seis y veinte.

DON BLAS. Y le hemos dicho a Benito: ¡volando a casa de mis sobrinos! ¡Cómo hemos venido por esa calle de Fuencarral!

D.ª DAMIAN.ª De Hortaleza.

DON BLAS. ¡Qué alegría!

MANOLA. Esto está todavía muy lejano.

GREGORIO. Mucho.

D.ª DAMIAN.ª No importa. Ahora es preciso que te veamos todos los días. ¡Hija de mi alma: pensar que vamos a ser abuelos!

GREGORIO. (*A Manola.*) ¿Te siguen los mareíllos? Siéntate. (*Al ver que alarga una mano para acercar una silla.*) ¡No! ¿Qué vas a hacer? Esfuerzos, no.

D.ª DAMIAN.ª ¡Claro!

GREGORIO. (*Arrimándole una butaca y preparándole unos almohadones.*) Aquí.

MANOLA. (*Sentándose.*) ¡Ay, se vuelve una más rara! A éste lo traigo mártir; yo lo comprendo. Dispénsame, Gregorio.

GREGORIO. ¿Qué le vamos a hacer, hija? Cuando se pone uno así...

D.ª DAMIAN.ª Supongo que desde ahora en adelante cambiaréis de vida. ¿No?

MANOLA. ¡Tía, qué cosas tiene usted! Nosotros llevamos

más de una semana acostándonos muy tempranito.

GREGORIO. Es verdad.

MANOLA. ¡El pobre Gregorio no descansa, pero la consulta produce poco.

DON BLAS. Pues a mí me habían dicho que venía mucha gente a la consulta.

GREGORIO. Sí; pero no vienen por las muelas de ellos, sino por las nuestras; son acreedores, tío.

D.ª DAMIAN.ª ¡Vaya por Dios!

MANOLA. Enfermos, pocos. La gente no se cuida de la boca, sino de lo que hay que meter en la boca.

GREGORIO. El que tiene una muela picada se la empasta con miga de pan y adelante.

D.ª DAMIAN.ª ¡Si es que está todo...!

GREGORIO. Y si se la tienen que sacar, pues acuden a Braman Laporta.

D.ª DAMIAN.ª ¿Qué dentista es ese?

GREGORIO. Un bramante atao a una puerta.

MANOLA. Así es que... Ahora lo estábamos hablando cuando entraron ustedes: Gregorio quisiera cuidarme un poquito mejor, pero no es posible.

GREGORIO. Sí; estos días de finales de mes.

DON BLAS. Estamos a cuatro.

GREGORIO. Fíjese usted qué finalito nos queda.

D.ª DAMIAN.ª ¿Qué tenéis en casa?

MANOLA. Sesenta pesetas.

DON BLAS. ¿Para todo el mes?

GREGORIO. Y para el que viene.

DON BLAS. Es que sois unos locos. Hacéis una vida absurda. Y yo estoy dispuesto a que esto se acabe. ¡Vamos!

GREGORIO. ¡Tío, no riña usted, que se puede impresionar ésta!

D.ª DAMIAN.ª Claro, hombre. ¿Estás dormido?

MANOLA. ¡Ay, me he puesto más nerviosa!

GREGORIO. ¡Tila! (*Gritando a la izquierda.*) Una taza de tila y la botella del coñac.

D.ª DAMIAN.ª ¿Se te pasa, hija, se te pasa?

MANOLA. Sí, ya. Me entró así un apuro como si se me acabara... No sé explicarme.

GREGORIO. Como si se te acabara el dinero.

MANOLA. No, hombre.

GREGORIO. ¡Pues es un apuro!

DON BLAS. Vaya: no os preocupéis de eso más. ¿Qué os hace falta de momento?

MANOLA. ¿Qué lleva usted encima, tío?

DON BLAS. Hombre; creo que unas ochocientas pesetas. (*Saca la cartera.*)

GREGORIO. De momento no hace falta tanto. Con setecientas noventa y cinco tenemos bastante.

D.ª DAMIAN.ª ¡Qué considerado eres, hijo!

DON BLAS. (*Dándole el dinero.*) Sí; todavía me deja para ir a "Sepu".

GREGORIO. Bueno: esto es como préstamo, ¡eh! Que conste.

MANOLA. ¡Naturalmente, Gregorio; yo no te permitiría otra cosa!

GREGORIO. Manola, que ya sabes cómo soy. Lo mismo esta cantidad que la que nos den mañana, yo no las acepto más que con la condición de devolverlas, si no ahora, en cuanto tenga una carrera nuestro hijo.

DON BLAS. Oye: ¿circulará enotonces la moneda?

D.ª DAMIAN.ª ¿Cómo te sientes, hija?

MANOLA. Como nueva.

DON BLAS. ¿Nos podemos ir tranquilos?

MANOLA. Ya lo creo.

DON BLAS. Es que tengo citado en casa a mi abogado a las ocho.

D.ª DAMIAN.ª A las ocho menos cuarto.

DON BLAS. Pero, mujer, que no me dejas pasar una.

D.ª DAMIAN.ª Eres muy distraído.

DON BLAS. Si fueras diputado te tenían que echar de la cámara.

D.ª DAMIAN.ª (*Besando a Manola.*) ¡Que te cuides mucho!

DON BLAS. (*A Gregorio.*) Atiéndela; atiéndela, que se trata de un hijo

GREGORIO. No sabemos.

D.ª DAMIAN.ª ¿Cómo?

GREGORIO. Que pueden ser dos.

DON BLAS. Hasta mañana, que vendremos a esta hora o media hora antes o después para que ésta no me corrija. (*Se van por el foro.*)

GREGORIO. Bueno: cuando llegue la hora de enseñarles lo que nazca va a ser ella.

MANOLA. ¿Querrás creer que me estaba haciendo la ilusión de que era verdad? ¡Y me he sentido más feliz!... Mira, Gregorio: yo no voy esta noche de diversión.

GREGORIO. Bien. Te voy a echar de menos, porque...

MANOLA. ¿Cómo? ¿Es que tú piensas ir?

GREGORIO. ¡Qué disparate! No me he dado cuenta de lo que

he dicho. Si te he de ser franco, estoy ya de juergas hasta la coronilla.

MANOLA. Como que esto no es serio. Podemos tener un hijo de verdad.

GREGORIO. Sí, señor.

MANOLA. ¿Por qué no lo habremos tenido a estas horas?

GREGORIO. No lo sé.

MANOLA. ¡Qué desgracia! (*Se sienta en triste actitud.*) Hazme cariños, hombre; hazme cariños. No seas tan descastado.

GREGORIO. (*Dándole unas guantaditas muy ligeras en la cara.*) ¡Pobrecita mía! ¡Pobrecita mía! ¡Tras, tras!

MANOLA. (*Mimosa.*) ¡Maridito!

GREGORIO. (*Idem.*) ¡Manola!

MANOLA. ¡Qué mala sombra tienes!

GREGORIO. No es la primera vez que me lo dices.

ARTURO. (*Por el foro, sorprendiéndose al verlos amartelados.*) ¡Caray! Perdón por la poca oportunidad.

GREGORIO. No te sorprendas; si nosotros estamos siempre en plan de bombones.

ARTURO. (*Con envidia que no puede reprimir y mirando con fijeza a Manola.*) Eres un tío de suerte. ¡Con una mujer así!...

MANOLA. Una cosa, Arturo: he pensado mejor lo que te dije antes, y..., dispénsame, no voy con vosotros a ningún sitio. No está bien, compréndelo. No hace bonito que una mujer casada vaya a un cabaret a divertirse, aunque sea con su marido.

ARTURO. Bien, bien. Yo estoy siempre de acuerdo con vosotros. No te violentes.

MANOLA. No; es que yo pienso algunas veces a la ligera, y hay cosas que conviene rectificarlas. Como, por ejemplo, el tuteo entre nosotros. ¿No le parece que nos debíamos hablar de usted?

GREGORIO. Mujer, os conocéis hace tiempo.

MANOLA. Pero hemos estado muchos años sin vernos, ¿verdad?

ARTURO. Sí, sí. Como usted quiera.

MANOLA. Pues beso a usted la mano, Arturo.

ARTURO. A los pies de usted, Manola.

MANOLA. Gracias. (*Hace mutis izquierda.*)

GREGORIO. Discúlpala. Yo creo que está hoy un poco trastornada.

ARTURO. No.

GREGORIO. ¿Cómo?

ARTURO. Que no es eso. Nada de trastorno mental. Es algo más interesante.

GREGORIO. No te entiendo. Explícate. ¿Qué es eso interesante que ves tú en mi mujer?

ARTURO. Aun no estoy muy seguro; necesitaría observarla un poco más; pero..., en fin, creo no equivocarme. ¡Pobre Gregorio!

GREGORIO. ¿Pobre?

ARTURO. Chico, tu situación...

GREGORIO. ¿Qué ocurre?

ARTURO. No es nada halagüeña, Manola...

GREGORIO. ¿Qué? ¿Quieres reventar?

ARTURO. Manola me temo que sea un caso clínico.

GREGORIO. ¡Vamos, anda!

ARTURO. Un caso que se ha dado y aun repetido no hace mucho y que no es, por lo tanto, un misterio para la ciencia biológica. En Rusia y Alemania se han hecho detenidos estudios sobre esto con resultados sorprendentes. Manola vive dominada por una doble personalidad. En ella alientan dos seres: Manola y Manolo.

GREGORIO. ¡Vamos, que me vas a decir a mí que mi mujer es un coro de chisperos!

ARTURO. Eres un hombre de carrera y no debes ser incrédulo en materia científica.

GREGORIO. Sí; pero tú vienes del extranjero obsesionado por lo que has aprendido allí y traes una neurastenia alemana que todo lo ves por el mismo cristal.

ARTURO. Si me tomas por loco...

GREGORIO. No; pero es tan raro lo que dices: ¡que mi mujer...!

ARTURO. Nació mujer.

GREGORIO. ¡Claro!

ARTURO. Pero es posible que sólo en apariencia.

GREGORIO. En todo, hombre. ¡Si lo sabré yo!

ARTURO. No. En embrión, dentro de Manola existía Manolo.

GREGORIO. ¿Y me he casado yo con la pareja?

ARTURO. Se trata de un caso intersexual en franca lucha. ¿Comprendes? Manolo, que en un principio sólo se manifestaba débilmente, ha empezado a desarrollarse con mayor energía; quiere ser solo. La naturaleza de ella y la de él batallan sin descanso. Cuando Manolo se eclipsa aparece Manola y viceversa.

GREGORIO. Eso es un cuento.

ARTURO. No seas ignorante y obsérvala. ¿No la ves cómo pasa de los mimos de la hembra a la entereza varonil? Tan pronto se asusta de un ratón como le pega a un camarero.

GREGORIO. Bueno: porque ella es así de variable.

ARTURO. ¿Y no has notado que esos rápidos cambios de su carácter son más frecuentes cada día?

GREGORIO. Sí. eso sí.

ARTURO. Cuando yo me marché a Alemania ya se manifestaba en ella una gran tendencia a la masculinidad. Luego Manolo ha ido ganándole terreno a Manola a pasos agigantados. Fíjate cómo cambian sus ademanes y hasta su voz. ¿No la notas cada día más pendenciera?

GREGORIO. ¡Claro; el champán!

ARTURO. No te empeñes en cerrar los ojos ante las luces de la ciencia. Además de cuanto te digo, tú, mejor que nadie, puedes aclarar si no has notado en ella otras cosas bien extrañas.

GREGORIO. No. Como no sea que se afeita las piernas con mi maquinilla...

ARTURO. Eso no tiene importancia.

GREGORIO. Para mi barba sí.

ARTURO. Obsérvala mejor.

GREGORIO. Bueno. ¿Pero es que eso es posible? ¿Y qué pasaría aquí si eso fuera verdad y Manolo siguiera ganando terreno?

ARTURO. A eso, mejor que yo, podría contestarte don Federico Meyer.

GREGORIO. ¿Quién?

ARTURO. Mi maestro; un verdadero sabio que se halla ahora de paso en Madrid. Hemos hecho el viaje juntos. Creo que debes aprovecharte de esta oportunidad.

GREGORIO. ¡Es tan raro todo lo que me dices! Como que parece una broma. (*Riendo.*) Pero sí lo es. ¿Verdad, Arturo, que es una broma? Sí, no te pongas tan serio, que te he calado. Tú has sido siempre muy bromista. (*Riendo cada vez más nerviosamente.*) ¡Que mi mujer es también hombre! (*Risa.*) ¡Qué ocurrencia! ¡Y! ella no lo sabe! (*Ríe.*) ¡Un matrimonio de tres! (*Ríe.*) ¡Pero qué gracia tienes, ladrón! (*Ríe.*)

ARTURO. ¡Cálmate! ¡Cálmate!

GREGORIO. No. Déjame que me ría. ¿Pero no comprendes que

si esto no fuera una broma era para llorar? ¡Qué ocurrencia! (*Cae riendo sobre un sofá.*)

MANOLA. (*Por la izquierda.*) ¿Qué te pasa? ¿Por qué te ríes así?

ARTURO. (*En voz baja a Gregorio.*) Cuidado con lo que dices.

GREGORIO. ¡Chica, qué chascarrillo! ¡Manola-Manolo! (*Sigue riendo.*)

TELON

ACTO SEGUNDO

En el mismo sitio.

(MAENZA, *sentado en una butaca, lee un periódico;* EUGENIA *sale de la clínica. Ambos tienen puesta la blusa del trabajo.*)

EUGENIA. ¿Pero usted sabe lo que ocurre hoy en esta casa?

MAENZA. No, señorita; yo no soy curioso; obedezco y nada más. Le dije a don Gregorio que se me había acabado el trabajo, que qué hacía y me contestó: lea usted el periódico.

EUGENIA. ¡Si es que, además, han colgado un cartelito en la puerta diciendo que no es día de consulta!

MAENZA. Pues muy bien.

EUGENIA. ¡Hombre, usted no se altera por nada! ¿De dónde saca usted esa tranquilidad?

MAENZA. De mi fe; del convencimiento de que en esta vida nada tiene importancia. Creemos que el mundo lo es todo y no es más que un tránsito. ¿Usted me entiende? Esto no es más que una antesala.

EUGENIA. De acuerdo. ¿Pero qué le parece a usted que hagamos?

MAENZA. Usted haga lo que quiera; yo voy a seguir leyendo el periódico.

EUGENIA. ¡Hijo, encima que viene una a consultarle!

MAENZA. Ya sabe usted que no es día de consulta. Pregúntele a don Gregorio.

EUGENIA. He ido hace un momento a su despacho y me he tenido que marchar sin que me atienda. Está allí, lee que te lee, enterrado entre libros de medicina.

MAENZA. Algunas oposiciones.

EUGENIA. A quien no he visto hoy es a doña Manola.

MAENZA. (*Suspirando.*) Ni yo.

EUGENIA. ¡Digo, suspira y todo! ¡Vaya con el del tránsito! Muy religioso, pero enamorado de una mujer casada.

MAENZA. ¡No le permito a usted...!

EUGENIA. No; si yo hablo sin que usted me lo permita.

GREGORIO. (*Por la derecha, embebido en la lectura de un grueso volumen.*) Pueden observarse además los siguientes síntomas: la mirada...

EUGENIA. ¡Don Gregorio! (*Hace mutis por donde salió. Maenza se pone de pie.*)

GREGORIO. Siga, siga en su trabajo. (*Leyendo.*) "La mirada adquiere un brillo especial; el cabello se cae y es sustituído por otro más basto; las uñas... (*A Maenza, que sigue de pie y con el periódico extendido en una mano.*) ¿Quiere usted sentarse, que parece usted un anuncio?

MAENZA. Don Gregorio, un servidor...

GREGORIO. A propósito: ¿En qué estaba usted pensando ayer? El millar de recetas que encargó a la imprenta me lo han traído con el membrete equivocado. En vez de "Clínica Dental Carranque", dice "Clínica de un tal Marranque". ¿Cómo ha dado usted ese texto?

MAENZA. No me lo explico.

GREGORIO. Ya he telefoneado y están tirando otro millar de recetas. Luego irá usted a cambiarlas.

MAENZA. Sí, sí. Dispénseme. Uno a veces...

GREGORIO. Sí: es ediota dos veces.

MAENZA. ¡Don Gregorio!

GREGORIO. No haga usted caso. Estoy trastornado hoy.

MAENZA. Sí, le noto...

GREGORIO. La vida tiene algo de timo, ¿sabe usted, Maenza? De verdadero timo, ¿comprende?

MAENZA. Sí, señor.

GREGORIO. Usted se siente a lo mejor orgulloso de que es un hombre y luego resulta que no es usted un hombre.

MAENZA. ¡Caramba, yo!... Desde luego que no somos más que barro.

GREGORIO. ¿Que barro? ¡Birrias! Somos un pego, un peguito presumiendo de obra maestra. No descendemos del mono; venimos del mico. Somos menos que cualquier animal. Porque usted compra un caballo y se le muere siendo caballo; no se le vuelve yegua. ¿Verdad que no?

MAENZA. No.

GREGORIO. Claro que usted no me entiende y estará pensando si habré bebido.

MAENZA. No; ya sé que eso no es más que por la noche.

GREGORIO. No, no he bebido; estoy fresco. ¡Ya lo creo que estoy fresco! Lo que a mí me ocurre, si es verdad que me ocurre, es para desayunarse con tiros.

MAENZA. Yo, don Gregorio, claro, no sé de lo que se trata.

GREGORIO. Ni le importa.

MAENZA. Eso iba a decir. Ahora que le aconsejo la única medicina que hay para estos casos: la resignación cristiana. Yo tomaba antes las cosas muy a pecho; pero desde que me suscribí al "Boletín Seráfico" he aprendido a sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo.

GREGORIO. Sí; ¿pero cuando no sabe usted si es prójimo o prójima?

MAENZA. ¿Qué es este mundo? Nada. En el otro mundo es donde nos espera todo.

GREGORIO. Es posible que estén allí los clientes que a mí me faltan. Siga usted hablando, que me consuela ese modo de pensar. Pero... ¡Espere! No se mueva. Dese un guantazo en la frente, que le está picando un mosquito.

MAENZA. Ya lo siento, ya. Déjelo.

GREGORIO. ¿Lo deja?

MAENZA. Sí; todos tenemos derecho a la vida.

GREGORIO. ¡Hombre, usted es un santo!

MAENZA. No. Pero ya sabe usted: hermano mosquito, hermana hormiga...

GREGORIO. Sí, sí: Sobrino ganso, tío camello, Primo Carnera... Ahora comprendo por qué hay en el taller tantas cucarachas. Ande, prepárese para ir a devolver ese millar de recetas.

MAENZA. Ahora mismo. (*Se va por la derecha.*)

EMILIA. (*Por el foro, detrás de* CORTEZO, *que entra sin hacerle caso.*) ¡Oiga! ¿Pero no oye usted que no hay consulta?

CORTEZO. Como si me dice usted que no hay Congreso.

EMILIA. ¡Qué frescura! ¡Oiga usted!

GREGORIO. ¿Qué desea? Retírese, Emilia. (*Esta obedece.*)

CORTEZO. Deseo hablar con los señores de Carranque.

GREGORIO. Está usted hablando con la mitad de dichos señores. ¿Quién es usted?

CORTEZO. Cortezo. Jefe de la agencia para cobros difíciles.

GREGORIO. ¡Ah, vamos! A usted le gusta perder el tiempo.

CORTEZO. No lo pierdo jamás; yo cobro siempre.
GREGORIO. ¿Está usted seguro?
CORTEZO. Segurísimo.
GREGORIO. Bien, bien; lo tendré en cuenta para cuando alguien se resista a pagarme. Que los hay, los hay olvidadizos.
CORTEZO. Sí, señor. ¿Tiene la bondad de pagarme esta facturita de la casa Molina?
GREGORIO. ¡Hombre! (*Tiende la mano para cogerla y Cortezo la retira.*)
CORTEZO. Perdone. No es comercial. Cuatrocientas pesetas.
GREGORIO. ¡De la casa Molina! ¿Pero cómo no está pagado eso? Hace más de seis meses que debía estar abonada esta factura.
CORTEZO. Eso dice Molina.
GREGORIO. ¡Qué olvido!
CORTEZO. ¿Me la va a usted a abonar?
GREGORIO. ¡Claro! No voy a echar por tierra mi crédito. ¿Tiene usted cambio de mil pesetas?
CORTEZO. No, señor.
GREGORIO. ¡Pues, hombre! Para estas cosas se viene prepa-rado. ¿De qué dispone usted?
CORTEZO. Yo, de tiempo nada más.
GREGORIO. Bien. Lo arreglaremos en seguida. Espere. (*Se va por la derecha.*)
CORTEZO. Tómese el tiempo que quiera, que hasta final de año no tengo nada que hacer. (*Paseando con aire satisfecho.*) ¡Y yo que había creído que era un cobro difícil! Haremos propaganda. (*Saca varias tarjetas y las deja por encima de los muebles.*)
GREGORIO. (*Por donde se fué, acompañado de* MAENZA, *que trae en la mano un paquetito de impresos.*) Ya sabe usted: cambia las mil y le da cuatrocientas a este señor.
MAENZA. ¿Cuatrocientas?
GREGORIO. Justas.
MAENZA. ¿Para qué?
GREGORIO. ¿También hay que darle a usted explicaciones? Ande, no entretenga al señor y traiga pronto las seiscientas restantes.
MAENZA. En seguida.
CORTEZO. Así da gusto. ¿Ve usted cómo yo poseo la fórmula para cobrar siempre?
GREGORIO. Sí, sí. Ya me enseñará usted la receta.
CORTEZO. Agradecido. (*Se va por el foro con Maenza.*)

GREGORIO. (*Leyendo en el libro de antes.*) La línea del cuello va adquiriendo aspecto masculino; la voz tira a contralto.

MANOLA. (*Por el foro, en traje de calle. Engrosando la voz.*) ¡Gregorio!

GREGORIO. (*Dejando el libro con rapidez sobre la mesa.*) ¡Contralto!

MANOLA. ¿Cómo?

GREGORIO. Nada. Estás ya de vuelta, ¿eh?

MANOLA. ¿Por qué has puesto el cartelito de no hay consulta? ¡Yo que he abreviado mis compras para no caer aquí en falta!

GREGORIO. ¿El Gobierno no hace festivo el día que se le antoja?

MANOLA. Sí.

GREGORIO. ¿Y no gobierno yo en mi casa?

MANOLA. Oye: te encuentro desde ayer muy raro.

GREGORIO. ¿Qué me notas?

MANOLA. No sé explicarme; vas cambiando mucho.

GREGORIO. La que no tienes que cambiar eres tú.

MANOLA. ¿Yo?

GREGORIO. Sí. (*La mira de cerca y muy fijamente.*)

MANOLA. ¿Pero qué me miras tanto a los ojos, hombre?

GREGORIO. Oye: ¿se te cae mucho el pelo?

MANOLA. Ahora, mucho. ¿Por qué?

GREGORIO. ¡Ay, mi madre!

MANOLA. No te apures, que no me quedo calva. Vaya. ¿Quieres explicarme lo que te ocurre? (*Se sienta.*) Siéntate. Vamos a charlar como dos buenos amigos.

GREGORIO. ¡No!

MANOLA. ¿Cómo?

GREGORIO. Vamos a charlar como marido y mujer.

MANOLA. ¡Claro! ¡Qué tontería! Mira lo que he comprado. (*Le muestra una pitillera con cigarrillos.*)

GREGORIO. Pero ¿vas a fumar?

MANOLA. Sí; me he decidido: un cigarrillo así hace elegante. (*Encendiendo uno.*) ¡Eh! ¿Qué tal me manejo? (*Cruza las piernas y adopta una postura masculina.*)

GREGORIO. Muy bien. Me recuerdas...

MANOLA. A la Greta Garbo.

GREGORIO. A un fiscal amigo mío. Manola, por Dios, dime la verdad: ¿tú te notas algo por dentro?

MANOLA. ¿Por dónde?

GREGORIO. Por todos los sitios. ¿Te notas tú así como si..., como si te quisieran echar de la ropa interior?

MANOLA. ¡Hijo, qué tonterías preguntas! Explícate más claro.

GREGORIO. Verás: ¿te sigo gustando?

MANOLA. (*Mimosa.*) ¿Todavía no estás convencido?

GREGORIO. ¿Y qué es lo que más te gusta de mí?

MANOLA. Mira, Gregorio, no nos metamos en detalles. Me gustas todo: tu carácter, tus narices, tus ojos ladrones y revoltosos... Tú no serás guapo, pero a mí me pareces Miss Europa.

GREGORIO. Oye, oye: Míster Europa está mejor dicho.

MANOLA. Vamos a ver: ¿por qué no te has acostado esta noche?

GREGORIO. He estado estudiando.

MANOLA. Sí, y escribiendo, que yo lo sé. ¿Qué has estado escribiendo?

GREGORIO. Mis memorias.

MANOLA. ¡Ay, qué interesante! Yo las quiero leer.

GREGORIO. No, mujer; si es que yo le llamo mis memorias a apuntar las cosas que tengo que hacer al día siguiente para que no se me olviden.

MANOLA. Eso es una excusa.

GREGORIO. Manola: dejemos eso y atiéndeme. ¿Cómo me quieres ahora?

MANOLA. ¡Hijo, qué pesado estás! ¿Cómo te voy a querer? Lo mismo que antes.

GREGORIO. ¿Lo mismo, lo mismo que antes?

MANOLA. Un poco más; así. (*Le da un beso.*)

GREGORIO. (*Entusiasmado.*) ¡Nada, hombre: ese tío es un embustero!

MANOLA. ¿Quién?

GREGORIO. Nadie. Es que estaba pensando en otra cosa.

MANOLA. Chico, se me olvidaba: me he encontrado con las de Galindo. ¡Iban más cursis! Una llevaba botas katiuska. Parecía que iba metida en dos bastoneras.

GREGORIO. (*Aparte, con alegría.*) (De mujer; esto es de mujer. ¡Claro! Manola, y nada más que Manola.)

MANOLA. Por cierto que cuando me separaba de ellas por poco te quedas viudo.

GREGORIO. ¿Cómo?

MANOLA. Un animal que iba guiando una camioneta y casi me la echa encima. Me dió tanta rabia que le dije: Baje usted, que le voy a romper las muelas.

GREGORIO. (*Aparte.*) (¡Manolo! ¡Ya está aquí Manolo!)

MANOLA. ¿Pero qué rezas, hombre? ¡Jesús, qué raro estás! Me voy a cambiar de vestido a ver si mientras te cambia a ti el humor. (*Hace mutis izquierda.*)

GREGORIO. (*Rabioso.*) ¡Si Manolo se dejara ver es que lo cogía por el pescuezo!...

ARTURO. (*Por el foro.*) ¿Por qué no tienes hoy consulta, chico?

GREGORIO. Porque si trabajo yo hoy pongo las inyecciones en el sillón. ¡Me has envenenado con lo que me has dicho!

ARTURO. No hay que tomarlo así.

GREGORIO. Me estoy bebiendo las obras de Marañón y dándome cuenta de que la Naturaleza es una chungona. ¡Mire usted que estar regido por glándulas!

ARTURO. Así es.

GREGORIO. Pero ¿por qué nos habremos enterado de que existen, hombre? ¡Con lo bien que se estaba antes cuando no se tenía uno que ocupar más que del estómago, del corazón o de los riñones! Ahora las amas son las glándulas: que se suicida uno, una glándula que funcionaba mal; que engorda, cuestión de glándulas; que se casa, glándulas. Y con glándulas se explica todo, y hasta se gobierna por glándulas.

ARTURO. ¡Te estás volviendo filósofo, Gregorio!

GREGORIO. ¿Filósofo? Acabaré cogiendo moscas con reclamo.

ARTURO. ¿Has notado alguna otra cosa anormal en Manola?

GREGORIO. ¿Qué voy a notar, hombre; que voy a notar? Tú eres un visionario.

ARTURO. Puede ser. Nadie es infalible.

GREGORIO. ¡Dudar de...! ¡Me acaba de dar un beso!...

ARTURO. ¿Manola?

GREGORIO. ¡Claro! Si me lo da Manolo le tiro por el balcón. ¿Verdad que te has equivocado, Arturo?

ARTURO. Me parece que no, por desgracia tuya.

GREGORIO. ¿Pero es que tú crees de verdad que Manola...?

ARTURO. Creo que no es conveniente hablar aquí.

GREGORIO. Ven; vamos a mi despacho. (*Se dirigen a la segunda izquierda.*)

ARTURO. Pero no tiembles, hombre. Estás excitado.

GREGORIO. En mi pellejo te quisiera yo ver.

D.ª DAMIAN.ª (*Por el foro, acompañada de* EMILIA. *Ha estado*

de compras y trae varios envoltorios.) ¿Hay algún enfermo?

EMILIA. No; no, señora. Que los señores se conoce que quieren descansar hoy, por eso no hay consulta.

D.ª DAMIAN.ª Muy cómodo. Dígame: ¿se han ido de juerga anoche?

EMILIA. No, señora. ¡Yo estoy asombrada!

D.ª DAMIAN.ª No se asombre, Emilia; es que vamos a tener novedad.

EMILIA. ¿Quién?

D.ª DAMIAN.ª La señora. ¡Qué pregunta! ¿No ha observado usted nada?

EMILIA. Yo duermo muy separada de los señores.

D.ª DAMIAN.ª (*Que ha desliado un paquete, mostrándole varias prendas de niño recién nacido.*) Mire.

EMILIA. ¡Ay, qué monería! ¿Pero tan cerca está eso, señora?

D.ª DAMIAN.ª No es que esté cerca, pero a mí me gusta hacer siempre las cosas con tiempo.

EMILIA. Ya, ya se ve. Voy a avisar que está usted aquí.

D.ª DAMIAN.ª No diga usted nada. Luego pasaré. Quiero ordenar un poco estas compras.

EMILIA. Como la señora quiera. (*Se va por donde vino.*)

D.ª DAMIAN.ª (*Contemplando una prenda de niño.*) ¡Monín! ¡Simpático! ¿Quién quiere a su nietecito? (*Chillándole.*) ¡Huy! ¡Manolín! ¡Sinvergonzón!

EUGENIA. (*Asoma a la primera derecha y mira con extrañeza.*) Buenas tardes, doña Damiana.

D.ª DAMIAN.ª Buenas tardes. (*Al ver que busca con la mirada hacia todas partes.*) ¿Qué busca usted?

EUGENIA. ¿No trae usted un niño?

D.ª DAMIAN.ª No, hija; yo ya no tengo edad. Quien lo trae es mi sobrina.

EUGENIA. ¿Cómo?

D.ª DAMIAN.ª (*Con alegría.*) Que voy a ser abuela, Eugenia. Mire usted, estamos locos de contentos. Mi marido más que yo. Ya le está preparando al chico un viaje por Italia.

GREGORIO. (*Por la segunda izquierda con* ARTURO.) Sí, sí. No dudes en traerlo.

ARTURO. ¡Calla! Buenas tardes, señora.

D.ª DAMIAN.ª Buenas tardes.

GREGORIO. Ahora voy con usted, tía. (*Esta sigue hablando y enseñándole a Eugenia lo que ha comprado.*)

ARTURO. (*Cerca ya del foro y a media voz.*) Animo y hasta después.

GREGORIO. ¡Me veo en un noticiario del cine! (*Arturo hace mutis. Gregorio se aproxima a doña Damiana, que tiene una prenda en la mano.*) ¿Para quién es eso, tía?

D.ª DAMIAN.ª ¿Cómo para quién? Para lo que venga. ¿Qué te parece?

GREGORIO. Para lo que venga me parece pequeño.

D.ª DAMIAN.ª ¡Cómo se ve que no tienes costumbre!

GREGORIO. Sí, ¡cómo se ve! Siga en el arreglo de la clínica, Eugenia. Ahora iré yo a ayudarla. (*Esta obedece.*) Oiga usted, tía: cuando Manola era pequeña, ¿con qué le gustaba jugar más, con las muñecas o con los sables?

D.ª DAMIAN.ª ¿Tú mujer? Con todo. Hasta con las barbas de su tío. ¿Por qué lo preguntas?

GREGORIO. Por nada. ¿Usted se ha dado cuenta, tía, de que la vida es un asco?

D.ª DAMIAN.ª ¡Hombre, hoy no había pensado en eso!

GREGORIO. ¿Usted cree en la Biblia?

D.ª DAMIAN.ª Yo, sí. ¿Por qué?

GREGORIO. ¿Cree usted que a la mujer la hizo Dios de una costilla del hombre?

D.ª DAMIAN.ª ¡Hijo, te traes hoy unas preguntitas!

GREGORIO. La hizo de la mitad de Adán, seguro. Cortó a Adán por el medio, y luego con la mitad de abajo formó a Eva, la roció de glándulas, ¡y a vivir!

D.ª DAMIAN.ª Pero ¿de dónde sacas eso?

GREGORIO. ¿No las llamamos a ustedes mi cara mitad?

D.ª DAMIAN.ª Sí.

GREGORIO. Pues una costilla no es la mitad, digo yo.

D.ª DAMIAN.ª Oye: ¿no te estarás volviendo neurasténico?

GREGORIO. Es posible. La Naturaleza es tan rara... ¿Qué diría usted si de la noche a la mañana se le volviera mujer su marido?

D.ª DAMIAN.ª Mira, hijo: me voy con Manola. (*Empieza a recoger sus paquetes.*) Y que te vea el médico, hazme caso. (*Gregorio coge el libro que dejó abandonado y, leyendo, hace mutis por la clínica. Doña Damiana se dirige a la primera izquierda y se detiene al aparecer por dicho lado* MANOLA.)

MANOLA. (*Muy excitada, por donde se indica.*) ¡Cuánto me alegro que esté usted aquí!

D.ª DAMIAN.ª ¡Hija!

MANOLA. ¡Ay, tía, que infamia! ¡Qué canalla, que canalla más grande!

D.ª DAMIAN.ª ¿Qué te ocurre?

MANOLA. Pero ¿cómo es posible que haya hombres así y otros tan imbéciles que lo crean?

D.ª DAMIAN.ª Bueno, pero...

MANOLA. Diga usted conmigo sinvergüenza, sinvergüenza.

D.ª DAMIAN.ª Sinvergüenza bis; ya está dicho. Explícate.

MANOLA. Estaba cambiándome de ropa cuando los sentí entrar en el despacho.

D.ª DAMIAN.ª ¿A quiénes?

MANOLA. A Gregorio y a Arturo. Hablaban en un tono muy bajo; me llamó la atención; escuché... (*Abrazándola.*) ¡Ay, tía de mi alma!

D.ª DAMIAN.ª Algún engaño. ¡Gregorio! Tu marido no es lo que parece.

MANOLA. No, tía. La que quieren que aparezca como quien no es lo que parece soy yo.

D.ª DAMIAN.ª No te entiendo.

MANOLA. Una infamia, una calumnia. Arturo es un despechado. ¿Comprende? Ha vuelto de Alemania con el propósito de vengarse de Gregorio y de mí. Está claro, muy claro. ¿No sabe usted que Arturo pensó ponerse conmigo en relaciones?

D.ª DAMIAN.ª No sabía nada. Pero ¿qué ha hecho, qué ha dicho?

MANOLA. Le ha hecho creer al imbécil de mi marido que yo me estoy volviendo hombre.

D.ª DAMIAN.ª ¡Jesús! ¡Hija: eso como cuento de camino está bien!

MANOLA. No, señora. Arturo ha estudiado en el extranjero varios casos como el que trata de aplicarme a mí.

D.ª DAMIAN.ª Pero ¿qué cosas ocurren en el extranjero?

MANOLA. Esos casos son verdad.

D.ª DAMIAN.ª ¡Ah! Vamos. Y el granuja ese se ha aprovechado de lo varonil de tu carácter para decir que tú...

MANOLA. ¡Eso!

D.ª DAMIAN.ª ¡Qué enormidad! Si todas las mujeres que son machotes se volvieran hombres se iba a acabar la tela de calzoncillos. ¡Vamos, vamos! ¿Cómo puede creer Gregorio esa paparrucha? ¿No le vas a dar un hijo?

MANOLA. No.

D.ª DAMIAN.ª ¿Que no?

MANOLA. Perdón, tía. Lo del hijo se me ocurrió a mí para que ustedes nos ayudaran.

D.ª DAMIAN.ª ¡Ay, qué disgusto! ¡Esto sí que es un disgusto!

MANOLA. ¡Tía!

D.ª DAMIAN.ª No me hables. ¡Farsantes! ¡Granujas! ¡Hacernos creer!... (*Tirando a un lado y a otro los paquetes que trajo.*) ¡Adiós, nieto! ¡Adiós, Manolín! (*Al agitar uno de los paquetes suena un sonajero.*) ¡Cuando tu pobre tío se entere que no es verdad! Eso que habéis hecho no se hace. Es decir: eso que no habéis hecho se hace. Bueno: ya no sé ni lo que digo. (*Ablandándose al ver la actitud de Manola.*) Pero no llores, hija; no llores. ¡Qué vamos a hacerle! Otra vez será. Se lo ocultaremos a tu tío.

MANOLA. Lo que me ocurre a mí no le ocurre a nadie. Un marido puede dudar de que su mujer le sea fiel, ¡pero de que sea mujer! Es el primer caso.

D.ª DAMIAN.ª En ese sentido, más razones tenemos a veces las mujeres para dudar de ellos.

MANOLA. ¡Yo que procuraba ser más varonil por no separarme de él nunca, por acompañarle en sus juergas, por defenderle cuando le llamaban percebe! ¡Creer que yo puedo amanecer un día con bigote y barba!

D.ª DAMIAN.ª Llama a tu marido. Anda, que va a oír lo que no ha oído nunca.

MANOLA. No, tía. Escuche. ¿Yo puedo contar con usted?

D.ª DAMIAN.ª ¡Qué pregunta! ¡Tengo yo otra hija que tú!

MANOLA. Pues ayúdeme haciendo lo que yo le diga. (*Suena el timbre de la puerta de la calle.*)

D.ª DAMIAN.ª Si no es un disparate...

MANOLA. (*Llevándosela hacia la primera izquierda.*) No, señora. Pero esos me pagan esta faenita.

EMILIA. (*Por el foro con* ARTURO *y* DON FEDERICO.) Voy a llamar al señor. (*Hace mutis por la clínica. Don Federico Meller es un alemán cien por cien. Cabeza cuadrada, pelado al rape, aire militar, bigote hitleriano y mirada de profundo observador. Trae los bolsillos atestados de cosas relacionadas con sus estudios. Habla con ligero acento de su país.*)

ARTURO. Sobre todo yo le ruego, querido profesor, que emplee el mayor disimulo posible.

D. FEDERIC. No se preocupe. (*Con alegría.*) ¡Si fuera un caso como usted presume! ¡Qué hallazgo!

ARTURO. (*Viendo salir a* GREGORIO *por la primera derecha.*) Gregorio: don Federico Meller, sabio catedrático. Don Gregorio Carranque.

D. FEDERIC. (*Estrechándole la mano con ritmo militar.*) ¡Suyo!

GREGORIO. ¡Gracias! (*Al ver que don Federico le observa con detenimiento médico.*) Perdone, doctor; no soy yo, es mi esposa.

D. FEDERIC. ¿Cuando usted arrienda una casa no observa antes en qué calle está?

GREGORIO. Comprendido, comprendido: yo soy la calle.

D. FEDERIC. Justo.

GREGORIO. En este caso la del Desengaño o la de Colón.

ARTURO. Con objeto de que Manola no sospeche de lo que se trata hemos acordado que don Federico se presente como médico de una compañía alemana de seguros. Tú le vas a hacer un seguro de vida a Manola, y...

GREGORIO. Sí, sí (*A don Federico.*); pero, por si acaso, no estaría de más que se hiciera usted antes uno de accidentes del trabajo.

ARTURO. Avísale, anda.

GREGORIO. Espera, que quiero decirle antes una cosa aquí a don Hitler; perdón, a don Federico. Mire usted: yo no puedo convencerme de que mi mujer sea un caso, aunque lo diga éste y aunque me lo jure Marañón. Yo..., yo sé que Manola es muy Manola, pero que muy... ¡Si lo sabré yo, hombre!

D. FEDERIC. Bien. Usted es odontólogo, ¿no?

ARTURO. Y ella.

D. FEDERIC. Pues ustedes entenderán de la boca.

GREGORIO. Pues en la boca está el juicio.

D. FEDERIC. Si no tiene usted confianza en mí, estoy aquí de más.

ARTURO. No. Gregorio quiere decir...

MANOLA. (*Por la izquierda, procurando aparecer lo más varonil posible. Viene fumando en pipa y habla engrosando la voz.*) Buenas tardes.

GREGORIO. (*Aparte.*) (¡Ya fuma en pipa!)

ARTURO. Manola, Gregorio quería darle una agradable sorpresa.

MANOLA. De qué se trata, tú.

GREGORIO. De un seguro, ¿sabes? Te he hecho un seguro de vida, sí; un segurito para que cuando llegues a viejo, digo a vieja, tengas... eso, un seguro.

MANOLA. (*Dándole una guantada en un hombro.*) ¡Chico, qué gansadas se te ocurren!

D. FEDERIC. (*Que no la quita ojo.*) Es muy conveniente ser previsor.

MANOLA. Sí, sí. ¿Quién es este amigo?
GREGORIO. El médico de la compañía. Don, don... Bueno, ya lo sabes.
MANOLA. (*Dándole a don Federico un apretón de manos propio de un boxeador.*) ¡Tanto gusto!
D. FEDERIC. (*Aparte.*) (¡Qué bien anda de nervios!)
GREGORIO. (*Bajo, a Arturo.*) (¡Cómo está hoy de machote!)
ARTURO. Nos sentaremos, si les parece, porque como aquí el señor tendrá que informarse.
D. FEDERIC. Les molestaré lo menos posible.
MANOLA. Pregunte, pregunte.
D. FEDERIC. No le extrañe si algunas de mis preguntas le parecen raras o inocentes; esta compañía procura conocer lo mejor posible la salud de los asegurados. ¿A usted le gusta la cama dura o blanda?
MANOLA. A mí, sin chinches.
D. FEDERIC. Pero, ¿además de eso?
MANOLA. Dura; mientras más dura, mejor.
D. FEDERIC. (*A Arturo.*) Anote. ¿Quiere hacerme ese favor?
ARTURO. Con mucho gusto. (*Saca una libretita y un lápiz.*)
D. FEDERIC. Sensibilidad viril.
GREGORIO. Acuérdate, Manola, de que te gusta la cama blanda.
MANOLA. Por ti, hombre; por ti, que eres un comodón.
D. FEDERIC. ¿Bebe usted en las comidas?
MANOLA. Y fuera de las comidas.
D. FEDERIC. ¿Qué bebida prefiere?
MANOLA. El ron, echándole mostaza.
GREGORIO. ¡Manola!
D. FEDERIC. Déjela que confiese sus gustos. (*A Arturo.*) Anote: garganta de minero. (*A Manola.*) ¿Cuáles son sus distracciones?
MANOLA. Pegarme con la gente.
GREGORIO. Pero eso es cuando me ofenden. ¿Sabe usted, doctor?
MANOLA. ¡Ah! ¿Crees que lo hago por defenderte? No, hombre; es que me gusta sacudir.
D. FEDERIC. ¿Y hace usted un deporte de eso?
MANOLA. Sí, señor.
D. FEDERIC. ¡Pues como lo ponga usted de moda!
GREGORIO. Lo pondrá y dará clases.
D. FEDERIC. ¿Quiere poner aquí su nombre? (*Le ofrece papel y pluma.*)
MANOLA. ¡Ya lo creo! (*Firma con gran brusquedad.*)
D. FEDERIC. (*Recobrando su pluma.*) ¿Rompe usted la pluma siempre que firma?

MANOLA. Cuando no es mía, sí.

D. FEDERIC. Anote: franqueza extraordinaria. Dígame. ¿No ha notado, de algún tiempo a esta parte, alguna anormalidad en su naturaleza? Conteste sin reparo; aquí no hay más que dos médicos y su marido.

MANOLA. Sí; he observado que me han crecido los pies. ¿No te has dado cuenta, Gregorio?

GREGORIO. No. ¡Como los llevas siempre por el suelo!

MANOLA. Pues sí, me han crecido. Ahora que no sé si me han dado de sí por los dedos o por los talones.

D. FEDERIC. ¿Quiere usted pasear un poquito de aquí allí?

MANOLA. Con mucho gusto. (*Da varios pasos largos y hombrunos.*)

GREGORIO. (*Aparte.*) (¡Mi madre! ¡Si no me había fijado yo cómo andaba ahora!)

D. FEDERIC. Muchas gracias. (*A Arturo.*) Anote: andares inseguros, tirando a marinero.

GREGORIO. (*A Arturo.*) Si llega a andar así de soltera no me caso. Anote.

MANOLA. ¿Hemos acabado ya?

D. FEDERIC. Un momento. (*Saca del bolsillo un aparato absurdo y se lo pone a Manola en la cabeza.*)

MANOLA. Oiga. ¿Me va usted a hacer la permanente?

D. FEDERIC. (*Examinando el aparato.*) Anote: veinticinco, siete y diez y ocho.

GREGORIO. Pues no se le han caído muchos pelos.

D. FEDERIC. (*Guardándose el aparato.*) ¿Le gustan a usted los niños?

MANOLA. Si no viven en el piso de arriba, sí.

D. FEDERIC. Dígame. ¿Y... (*Le habla al oído.*)

MANOLA. Yo no. ¿Y su tía?

D. FEDERIC. Mi tía tampoco.

MANOLA. Ea. ¿Vamos a dejarlo para otro ratito?

D. FEDERIC. Si tiene usted que hacer...

MANOLA. Sí; mucho: tengo que cambiar de sitio el piano. (*Iniciando mutis izquierda.*) Adiós, doctor.

D. FEDERIC. A sus pies, señora.

MANOLA. ¡Ah! Se me olvidaba decirle que me está saliendo nuez. Anote, anote. (*Hace mutis.*)

GREGORIO. ¿Qué, doctor, qué?

D. FEDERIC. No es posible con tan ligero examen... Para un diagnóstico definitivo hace falta un análisis por el método Rubinevich para fijar la proporción hormonal en el líquido sanguíneo, y un estudio

de la emotividad por el método Kundt, además de un detenido reconocimiento...

GREGORIO. No siga usted. Por mucho menos que eso le da Manola a uno con una silla en la cabeza. En resumen: ¿qué es lo que usted opina?

D. FEDERIC. Ya le digo: por un lado parece que sí, por otro parece que no. Puede ser un caso, puede también no serlo...

GREGORIO. (*A Arturo.*) Este tío ha visto "El rey que rabió".

ARTURO. Perdóneme, maestro: yo desde ahora aseguro que sí que lo es.

D. FEDERIC. Es usted un poco osado.

GREGORIO. Y el único para dar consuelo. ¿Y en ese caso, doctor?

D. FEDERIC. En ese caso, si no quiere usted quedarse sin mujer, hay que operar.

GREGORIO. Pero es que si la operan ¿no me quedo también sin mujer?

ARTURO. Sí; pero salvas una vida.

D. FEDERIC. Opino que hay que decirle la verdad a la interesada.

GREGORIO. ¡Azúcar!

D. FEDERIC. Es la única forma de poder diagnosticar sin error.

ARTURO. ¡Claro, Gregorio, claro!

GREGORIO. Muy claro. Mañana me marcho fuera y se lo digo por carta.

ARTURO. Si no te atreves tú se lo diré yo.

GREGORIO. Gracias, Arturo. Eres un héroe de la ciencia. (*Le abraza.*)

D. FEDERIC. Bien. Creo cumplida mi misión, y me retiro. Mañana salgo para Berlín; si fuera precisa mi intervención, avíseme y allí me tendrán a sus órdenes con muchísimo gusto.

GREGORIO. ¡Qué amable! Muy agradecido.

D. FEDERIC. (*Estrechándole la mano como antes.*) ¡Suyo!

GREGORIO. (*Imitándole.*) ¡Idem! (*Gregorio le acompaña hasta la puerta. Arturo sale con el doctor.*) No me infunde a mí confianza un hombre de ciencia tan pelado al rape.

ARTURO. (*Volviendo por donde se fué.*) Ya no me cabe duda alguna. Don Federico opina como yo; me lo acaba de decir. A ti no ha querido quitarte las esperanzas tan de golpe. Se trata de un caso intersexual. No lo dudes, Gregorio.

GREGORIO. Ya no dudo ni me asusto de nada. ¿Y tú te vas a atrever a decírselo a Manola?

ARTURO. Sí.

GREGORIO. Pues duro, y sea lo que Dios quiera.

ARTURO. Aguarda, que a mí me preocupa mucho tu situación, y conviene que hablemos también de ti.

GREGORIO. De mí ya hablarán los periódicos. Fíjate qué titulares: "El marido de Manolo"; "Un hombre que no es casado, viudo ni soltero", etc., etc.

ARTURO. Pues a eso voy. Tú puedes resolver tu situación muy fácilmente.

GREGORIO. ¿Cómo?

ARTURO. Divorciándote de Manola antes que acabe de llegar Manolo. Anticipándote con mucho a la operación.

GREGORIO. Sí, pero...

ARTURO. Piénsalo. No es lo mismo que digan ese es el marido que ese fué el marido. ¿Qué es usted? Divorciado. Nada que sorprenda a nadie.

GREGORIO. Es verdad, chico. Es verdad. Ahora, que ¿cómo se lo digo yo a mi mujer? ¡Pobrecita mía!

ARTURO. Después de hablarle yo no te será tan difícil.

GREGORIO. ¡Ay!, Arturo, qué nervioso estoy.

ARTURO. No es para tanto, hombre.

GREGORIO. ¿Que no es para tanto y voy a perder de un golpe el mayor cariño de mi vida? ¡Y de qué modo! A mí no me dirá nadie le acompaño en su sentimiento, sino que sea enhorabuena.

MANOLA. (*Por la izquierda.*) ¿Qué? ¿Se fué ya ese pelma?

GREGORIO. (*Muy nervioso.*) Sí; ya no queda más que uno. (*A Arturo.*) Perdona; no sé lo que digo. (*A Manola.*) Arturo te quiere hablar. Escúchale, ¿sabes? Quiere decirte..., no tiene importancia, cosas de la vida; todo cambia, todo evoluciona. ¿Comprendes? La ciencia, la biología, las glándulas. El te dirá; escúchale. No tiene importancia (*Hace mutis derecha tropezando con todo.*)

MANOLA. ¿Qué pasa? ¿Le ocurre algo a Gregorio?

ARTURO. Sí. Gregorio tiene motivos para estar como está: desesperado.

MANOLA. ¡Jesús, no me asuste! Explíquese usted.

ARTURO. Manola, la misión que tengo que cumplir cerca de usted es muy delicada. Yo le ruego que en esta ocasión vea en mí más al médico que al amigo.

MANOLA. No me va a ser posible.

ARTURO. ¿Por qué?

MANOLA. Porque yo no veo en usted ni al amigo ni al médico; yo no veo más que al granuja.

ARTURO. ¡Manola!

MANOLA. Al despechado, al farsante. ¿Está esto claro?

ARTURO. No me explico por qué me insulta.

MANOLA. Yo sí que no me explico cómo puede Gregorio haber dado crédito a una mentira como ésa.

ARTURO. ¿Mentira?

MANOLA. Que estoy dispuesta a demostrar ante médicos y ante jueces. ¿Qué te creías, que yo soy tan infeliz como mi marido? Eres, además de mala persona, un ignorante.

ARTURO. Háble me de usted.

MANOLA. A los golfos se les habla de tú. ¡Bonita combinación la tuya si no se te hubiera visto el plumero! Provocar nuestro divorcio y luego tú, con carita de santo, decirme: aquí estoy para que rehagas tu vida. ¡Miau! Si no me gustas, hijo; si no me has gustado nunca, y desde que has venido de Alemania, menos; hueles a levadura de cerveza.

ARTURO. ¡Manola! Un poco de caridad para quien te quiere como tú no te mereces.

MANOLA. ¿Caridad? ¿La tienes tú acaso de la felicidad mía? ¿No estabas dispuesto a sacarme a la vergüenza pública como un fenómeno de la naturaleza?

ARTURO. ¡Si supieras cómo te quiero! (*Oculta la cara entre las manos.*)

MANOLA. No, no hagas como que lloras; tú no puedes llorar. Y si lloras, es aguarrás o aceite de ricino.

ARTURO. Yo te pido que no te burles de mí; no lleves tan lejos tu encono. He hecho mal, lo comprendo; pero un cariño todo lo justifica.

MANOLA. Eso no lo justifica nada.

ARTURO. Desharé el daño, confesaré que me he equivocado y no quedará motivo para que tú me odies.

MANOLA. ¡No! Deshacer lo hecho, no. ¡Te lo prohibo!

ARTURO. ¿Cómo?

MANOLA. Ahora quiero yo que el engaño continúe.

ARTURO. ¡Manola!

MANOLA. Oyeme: si dices que te has equivocado antes de que yo te lo permita soy capaz de pegarte un tiro.

ARTURO. Pero...

MANOLA. Y ya sabes que soy capaz. Es decir, te lo va a

pegar Manolo; Manolo, que viene de viaje, que está cada vez más cerca, que trae un revólver en mano, no lo olvides, y que es irresponsable porque..., porque es Manolo.

ARTURO. No comprendo qué es lo que te propones.

MANOLA. Eso a ti no te debe preocupar. Es mi capricho que la farsa siga y ha de seguir, y ahora con tu complicidad, porque la necesito. Si más tarde me conviniera deshacer el engaño, es posible que premie tu colaboración perdonándote el mal que quisiste hacerme.

ARTURO. Es decir, que...

MANOLA. El perdón de Manola o la venganza de Manolo; escoge.

ARTURO. ¿Qué puedo yo escoger, si sabes que soy esclavo de tu voluntad?

MANOLA. ¡Pues esclavo: a seguir la farsa! Llama a Gregorio.

ARTURO. Espera.

MANOLA. ¿Qué quieres que espere?

ARTURO. Que nos tranquilicemos, que yo pueda reflexionar. Eres demasiado impulsiva, demasiado rápida en tus decisiones. ¿Qué voy a decirle ahora a Gregorio?

MANOLA. ¡Ah! ¿Pero ahora resultas atontado? ¡Tú! ¡Un maestro del embuste! ¡Llámalo!

ARTURO. (*Abriendo la mampara de la izquierda.*) ¡Gregorio! ¡Gregorio! (*Manola se sienta y finge llorar.*)

GREGORIO. (*Por donde se indica con aire medroso y tartamudeando.*) ¿Ya, ya, ya?

ARTURO. Sí.

MANOLA. (*Levantándose y echándole los brazos al cuello.*) ¡Ay, Gregorio, qué desgracia tan grande!

GREGORIO. (*Nervioso y sin saber lo que dice.*) ¡Calma! ¡Calma! Otra vez será otra cosa. (*Aparte a Arturo.*) (¿Le has hablado de operar?)

ARTURO. Sí. Todo está dicho.

MANOLA. (*Entre sollozos.*) ¡Ay, si yo venía notando esto y no te quería decir nada! ¡Si hace muchas noches que sueño que soy guardia civil!

GREGORIO. Lo serás, lo serás; no sufras.

ARTURO. Bien Yo ya no tengo nada que hacer aquí. Adiós.

MANOLA. Muchas gracias, Arturo. (*A Gregorio.*) Dale un abrazo. Le debes tu tranquilidad y yo mi vida.

GREGORIO. (*A Arturo.*) ¡Qué razonable! No la esperaba yo así. (*Abrazándole.*) ¡Gracias, Arturo!

ARTURO. (*Avergonzado.*) De nada. (*Hace mutis rápido por el foro.*)

MANOLA. ¡Gregorio!

GREGORIO. ¿De modo que tú te habías ya dado cuenta?...

MANOLA. De algo muy raro que va en aumento. ¡Unas ganas de tener un bigotito chico! ¿No has observado que ahora por la noche te echo al rincón? ¡Y sin saber lo que era esto! ¡Dios mío, si no es por Arturo!

GREGORIO. Voy a decir que te hagan una taza de tila.

MANOLA. (*Varonil.*) ¿Por quién me tomas? Dame un cigarro.

GREGORIO. (*Se lo da, enciende y fuma.*) Qué difícil es ahora una conversación entre los dos, ¿verdad?

MANOLA. ¿Por qué? Yo he tenido un momento de debilidad femenina; pero pasó. Noto que...

GREGORIO. ¿Que ya no me quieres?

MANOLA. Que se va transformando mi cariño hacia ti por una amistad honda y reposada. ¿No te pasa a ti lo mismo?

GREGORIO. No. A ti tu propio mal te da el consuelo haciéndote sentir de un modo distinto; pero yo tengo que llorar el cariño que pierdo, porque para mí está muriendo la mujer que más he querido en la vida. (*Rompe a llorar.*)

MANOLA. ¡Gregorio! (*Hay una breve pausa. Manola le mira llorar y titubea sosteniendo consigo una gran lucha. Le acaricia. Parece que al fin le va a sacar de su error.*)

GREGORIO. Esto sería ridículo si no fuera tan doloroso. ¡Manola! (*Le toma una mano.*) ¿Eres todavía Manola?

MANOLA. (*Con vehemencia.*) Sí, sí. ¡Todavía sí!

GREGORIO. (*Besándole la mano.*) ¡Todavía!

MANOLA. Gregorio: ¿y si yo te dijera?...

GREGORIO. ¿Qué? (*Secándose los ojos y dominándose.*) No me digas nada. Vamos a tratar de nuestro divorcio.

MANOLA. ¡Imposible pensar ahora en eso!

GREGORIO. ¿Por qué?

MANOLA. Porque no da lugar.

GREGORIO. ¿No?

MANOLA. Pregúntale a Arturo. Manolo no viene en un mercancías, sino en el rápido, en un torpedo a doscientos por hora.

GREGORIO. ¡Así se estrellara!

MANOLA. Ya me he puesto de acuerdo con Arturo. Saldré

en seguida para Alemania con don Federico Meller. En España aun no permiten estas transformaciones. Se lo diré a mi tía; me acompañará. Tú, no, no; de ningún modo; tú sigues aquí. Si salgo con bien, al regreso arreglaremos nuestra situación.

GREGORIO. Lo que tú quieras. ¿Un abrazo?

MANOLA. Sí. Pero sin beso, que resulta feo. ¿No te parece?

GREGORIO. Pues, entonces, mejor es la mano.

MANOLA. (*Tendiéndosela.*) Ahí va, compañero.

GREGORIO. (*Estrechándosela.*) ¡Chócala, Manolo!

TELON

ACTO TERCERO

El mismo lugar de acción de los actos anteriores. Por la tarde.

(EUGENIA *sale de la clínica, se quita la blusa blanca del trabajo, llama a un timbre y se sienta con toda comodidad en una butaca.*)

EMILIA. *Por la izquierda, con desagrado que no trata de disimular.*) ¿Qué quiere usted?

EUGENIA. Tráigame un refresco de naranja.

EMILIA. No hay naranjas.

EUGENIA. De limón.

EMILIA. No hay limón.

EUGENIA. Lo que no hay aquí es vergüenza.

EMILIA. Eso lo estoy cantando yo desde hace dos meses.

EUGENIA. ¿Qué quiere usted decir?

EMILIA. Lo que usted, sino que al contrario: que desde que se marchó la señora no hay vergüenza en esta casa.

EUGENIA. Hoy mismo quedará usted despedida.

EMILIA. Ya tengo el baúl preparado. ¿De qué quiere el refresco la señora? (*Ríe y hace mutis.*)

GREGORIO. (*Por la clínica.*) ¡Pero, chica! ¿Qué haces? Que te necesito.

EUGENIA. No tengo más ganas de trabajar hoy.

GREGORIO. Pero si es el último de la tarde. (*Suenan varios quejidos en la clínica en tono de malagueñas.*)

EUGENIA. Que estoy cansada. (*Se repiten los quejidos.*)

GREGORIO. Anda, mujer, que nos ha caído un cantaor de flamenco, y a ese le gusta que le pongas tú la inyección.

EUGENIA. (*Convencida.*) Vaya, hijo; lo haré por no oírte. (*Entra en la clínica.*)

GREGORIO. Por no oírlo, dirás.

DON BLAS. (*Por el foro.*) ¿Qué, Gregorito, hijo: has tenido carta?

GREGORIO. Sí.

DON BLAS. Y yo también. ¿Qué te dicen?

GREGORIO. Lo mismo que a usted, seguramente: que se encuentra ya restablecida y que pronto se pondrán en camino.

DON BLAS. Exacto. ¡Qué tontería hicieron! ¡Mire usted que para una operación de oídos marcharse a Alemania! ¡Como si aquí no hubiera magníficos especialistas de garganta, nariz y oído! Yo creo que lo que tenían era ganas de viajar y de descansar un poco de nosotros.

GREGORIO. Es posible.

DON BLAS. Dime. Del..., del estado, ¿no te dice nada tu mujer?

GREGORIO. ¿Del Estado alemán?

DON BLAS. Del suyo, hombre. Fíjate: han transcurrido ya dos meses desde que se fueron. (*Frotándose las manos con satisfacción.*) Debe notársele mucho; va a venir desconocida.

GREGORIO. Sí, señor, sí; muy cambiada.

DON BLAS. ¡Lo que me voy a reír metiéndome con ella!

GREGORIO. ¡Y yo, y yo!

DON BLAS. Para mí faltan cinco meses.

GREGORIO. ¿Para usted?

DON BLAS. Para mis cuentas; para las de mi mujer seguramente que será un mes más o menos de los que yo diga. ¡Chico, cuando se ha llegado ya a estas edades sin tener hijos, tú no sabes cómo se desea un pequeñín de la familia. Este se va a hacer el amo. ¡Y que va a ser de listo!... ¡Va a llamar la atención! ¿Verdad, Gregorio?

GREGORIO. Sí, sí; va a llamar la atención. Esté usted seguro.

DON BLAS. Parece que te encuentro hoy preocupado.

GREGORIO. No. Algo cansado del trabajo del día.

DON BLAS. ¡Claro, como que ahora eres tú solo! Bueno: voy a pasar a tu despacho y les voy a contestar a las viajeras. También yo me aburro sin mi mujer, ¿sabes? ¡Estoy tan acostumbrado a que me lleve la contraria!... (*Se va por la segunda derecha.*)

ARTURO. (*Asomando al foro.*) ¿Qué haces, chico?

GREGORIO. ¡Hola, Arturillo! Pasa, hombre. Hoy he tenido noticias, ¿sabes?

ARTURO. Buenas, desde luego.

GREGORIO. Sí, buenas; eso es. Me escribe la tía. Ella..., bueno, él; no me pone más que un renglón al final de la carta, y ¿quieres creerlo? ¡Le ha cambiado la letra!

ARTURO. Sí; claro.

GREGORIO. Según parece, la transformación ha sido total y admirable. ¡Chico, qué prodigios hacen por allá!

ARTURO. Y por acá.

GREGORIO. No, hombre, no; aquí en eso estamos todavía en pañales. ¡La de gente que vivirá equivocada!

ARTURO. ¿Y tú qué piensas hacer ahora?

GREGORIO. ¿Yo? No lo sé. ¿Qué me aconsejas?

ARTURO. En tu pellejo, me marcharía antes que regresaran. Calcúlate la curiosidad que vas a despertar.

GREGORIO. ¡Toma, como que pienso cobrar las *interviús!*

ARTURO. Yo me iría muy lejos: a América, por ejemplo.

GREGORIO. Algo así se me había pasado a mí por la imaginación.

ARTURO. Allí puedes establecerte; legalizar tu situación y hasta volverte a casar.

GREGORIO. ¿Quién, yo? Yo no vuelvo a casarme como no me garantice la mujer una reunión internacional de especialistas con el premio Nóbel. Y aun así pondría en el contrato: salvo error o camelo.

ARTURO. Se explica, chico.

GREGORIO. ¡Las mujeres! Asco las voy tomando.

EUGENIA. (*Por la clínica.*) ¿Pero me vas a abandonar todo el día, so esquivo? (*Dándose cuenta de la presencia de Arturo.*) ¡Ay! Es una broma, ¿sabe usted? (*Respetuosa.*) ¿Quiere usted alguna cosa, don Gregorio? (*Arturo se ríe.*)

GREGORIO. No. Ya con azúcar está peor, ¿sabes?

ARTURO. (*Muy contento.*) ¡Chico; pero si es lo natural! ¡A ver si te vas a meter a fraile! Te felicito.

EUGENIA. Gracias.

ARTURO. No sabes lo que a mí me alegra esto. Como que yo temía que no pudieras consolarte y veo que sí.

GREGORIO. No; pero si no vayas a creerte tampoco que...

ARTURO. Yo lo que creo es que no debo entorpecer idilios. Vaya, hasta otro rato.

GREGORIO. ¡Oye, pero...!

ARTURO. Que no sabes tú lo que me alegro, hombre. (*Se va por el foro.*)

GREGORIO. ¡Chica, vaya coladura! ¡Has extraído la sana!

EUGENIA. Bueno, ¿y qué? ¿Es que lo vamos a estar ocultando como un delito? ¿Tienes tú ya mujer?

GREGORIO. Hombre..., oficialmente...

EUGENIA. Ni particularmente. Si lo que me has contado no es un sueño, tú eres viudo.

GREGORIO. Bueno; pero es que no he guardado luto ni abreviado.

EUGENIA. ¿Y quién te va a pedir cuentas? ¿El?

GREGORIO. ¡Calla, que está el tío por ahí adentro!

EUGENIA. (*Acariciándose un collar que lleva puesto y que antes lo hemos visto en Manola.*) Oye: ¿no tenía tu mujer una sortija con dos perlitas?

GREGORIO. Sí; pero se la llevó puesta.

EUGENIA. ¡Qué lástima! (*Mimosa.*) ¡Gregorio!

GREGORIO. ¿Qué?

EUGENIA. Me traes loquita.

GREGORIO. Bueno, sí; pero no me hagas guiños cuando haya algún cliente en el sillón porque va contra el crédito.

EUGENIA. ¿Y quién lo nota?

GREGORIO. ¡Hombre, el cliente! Hoy le estaba limpiando la dentadura al comandante Ortiz y no podía, porque no paraba de reírse. Te vió cuando me diste aquel pellizco a la media vuelta y por poco si se traga el espejito de la risa que le dió.

EUGENIA. (*Abrazándole.*) Pues ahora no está el comandante.

GREGORIO. Pero está mi tío te digo, hombre. Ven, ven, que todavía no es tiempo de darlo a la publicidad.

EUGENIA. ¡Qué tonto!

GREGORIO. Me has salido demasiado expresiva. (*Entran en la clínica.*)

MAENZA. (*Por la segunda derecha.*) ¡Sinvergüenzas! ¿Merece aquella mujer este engaño?

EMILIA. (*Por la primera izquierda.*) ¿Se ha dado usted cuenta, señor Maenza?

MAENZA. Toma; fíjese usted. ¡Como que se van al taller a hacerse los mimos!

EMILIA. ¿Y usted los aguanta?

MAENZA. ¡Hombre, yo estoy trabajando, y hay veces que me limo los dedos! Pero lo llevo con paciencia. ¡Qué le vamos a hacer! Este mundo... ¡Vamos a estar aquí tan poco!

EMILIA. Como que yo me voy esta tarde.

MAENZA. ¿Adónde?

EMILIA. A mi casa.

MAENZA. ¡Ah!

EMILIA. ¿Usted se queda?

MAENZA. (*Suspirando.*) ¡Ay, sí!

EMILIA. Pues tiene usted aguante.

MAENZA. A mí me sujeta a esta casa algo... que no conseguiré nunca.

EMILIA. Los sueldos atrasados que le deben.

MAENZA. No. Usted no me puede entender, Emilia.

EMILIA. Yo no entiendo más sino que a mí no me manda esa lagarta, y me voy por no darle con algo en la cabeza.

MAENZA. ¡No! Violencias, no. Hermana lagarta.

EMILIA. Hermana de usted, que conmigo no tiene parentesco.

DON BLAS. (*Con una carta en la mano.*) A ver qué te parece lo que les digo. (*Dándose cuenta de la ausencia de Gregorio.*) ¡Ah! ¿No está aquí?

EMILIA. Está ahí dentro.

DON BLAS. ¿Con un cliente?

MAENZA. No.

DON BLAS. (*Abriendo la mampara.*) A ver qué te parece... ¡Caray! (*Se sorprende por algo que no le agrada y cierra. Maenza eleva los ojos al cielo.*) Pero... ¿Pero he visto bien?

MAENZA. Yo creo que desde primera fila.

GREGORIO. (*Por la clínica.*) Tío, no se piense usted otra cosa, que es que se había desmayado y la estaba sosteniendo. Esa chica padece de vahidos. ¿Verdad, Maenza?

MAENZA. Sí; se... *vahida* a cada momento. (*Emilia hace mutis riendo. Maenza, aparte, marchándose también.*) (¡Es más frescales de lo que yo creía!)

DON BLAS. Mira, hijo: no creas que a mí me la puedes dar con queso. Yo de joven la he corrido más que tú y he intervenido muchas veces en esa clase de desmayos. Un vahido como ese me llevó a mí a la vicaría. Pero me casé y me hice persona formal.

GREGORIO. Si yo también lo soy.

DON BLAS. Mientras está tu mujer contigo. Conque a ver si nos entendemos. A mí no me da la gana de que tú le faltes a Manola. Quiero que seas como yo.

GREGORIO. Pues fáltele usted a mi tía y estamos los dos iguales.

DON BLAS. No seas cínico. Es preciso que despidas a esa mujer.

GREGORIO. ¿A ésa? Es más fácil que me despida ella a mí.

DON BLAS. ¿Pero no comprendes que cuando venga Manola va a ver aquí cañonazos? ¿Y tú quieres darle dis-

gustos a tu mujer? ¿Tú quieres que se malogre lo que esperamos? ¡Mira que te retiro hasta el saludo!

GREGORIO. ¿Y si yo le dijera a usted que Manola no se enfada por eso?

DON BLAS. (*Indicando la clínica.*) ¿Por eso?

GREGORIO. Por eso. Tengo la seguridad de que se lo cuento cuando venga y no pasa nada.

DON BLAS. Pero, hombre, ¿tú crees que yo he caído de la luna?

GREGORIO. Sí, señor.

DON BLAS. ¿Que sí? Oye: que yo te arreo un guantazo que tienes que llamar a un compañero para que te arregle la dentadura.

GREGORIO. Pero no se enfade usted, hombre; si más adelante me va usted a dar la razón.

DON BLAS. ¡Tomarme a mí por tonto! Ya hablaremos cuando vuelva tu mujer. (*Se encamina hacia el foro.*)

GREGORIO. Pero oiga usted, tío.

DON BLAS. No me llames ahora tío, que lo voy a tomar como ofensa. ¡Valiente frescales! (*Hace mutis.*)

EUGENIA. (*Por la clínica.*) ¿Pero por qué no se lo dices de una vez?

GREGORIO. ¿Tú quieres que tengan que subir los guardias?

EUGENIA. Oye: he estado pensando una cosa. A ver qué te parece. A mí me deben estar muy bien los vestidos de Manola, que en paz descanse.

GREGORIO. Sí; pero... ¡Que todavía no hemos vuelto del entierro, hombre!

EUGENIA. ¡Hijo! ¿Es que los vas a guardar para otra? Eso te ahorras de comprarme. ¿O es que me vas a tener con lo puesto? Dispensa que te hable de estas cosas, pero es que hay que pensar en todo.

GREGORIO. Natural. Estos detalles de romanticismo es que me conmueven.

EUGENIA. ¿Lo dices con segunda?

GREGORIO. ¡Vamos, anda! ¡Si sabré yo que estás por mí que cambias de ropa!

EUGENIA. Anda: enséñame el ropero, granuja.

GREGORIO. Vamos allá, ladrona de mis entretelas. (*Hacen mutis derecha, primer término. Entran por el foro* MANOLA *y* DOÑA DAMIANA. *Manola viste de hombre, sin que falte un detalle de masculina elegancia a su indumento.*)

MANOLA. ¡Sí que está animada la consulta! ¿Se ha fijado

usted en el portero? Por tres veces ha limpiado las gafas para mirarme.

D.ª DAMIAN.ª ¡La de explicaciones que vas a tener que dar!

MANOLA. (*Asomándose a la clínica.*) Debe estar en el taller. Vamos a sentarnos, tía.

D.ª DAMIAN.ª Bueno. Acuérdate que no te puedes asustar de los ratones. ¿Estás nerviosa?

MANOLA. Un poco.

D.ª DAMIAN.ª Yo estoy plisando la ropa interior de lo que tiemblo.

MANOLA. Pues no es para tanto.

D.ª DAMIAN.ª Ya me lo dirás cuando veas a tu tío.

MANOLA. No crea usted, que el pobre Gregorio... Aunque esté preparado...

D.ª DAMIAN.ª A lo mejor te lo encuentras más preparado de lo que crees.

MANOLA. No, tía. Usted no sabe el golpe que fué para él convencerse de que no se había equivocado Arturo. ¡Me dió una lástima! No lo eché a rodar todo porque vi una ocasión magnífica para satisfacer mi curiosidad.

D.ª DAMIAN.ª Sí; la de saber qué haría tu marido si enviudara.

MANOLA. Eso.

D.ª DAMIAN.ª Hija: yo creo que es peligroso querer saber más de lo que se puede.

MANOLA. (*Paseando.*) ¿Qué tal estoy de tipo?

D.ª DAMIAN.ª Estás que te veo yo hace veinticinco años y dejo a tu tío en la puerta de la iglesia.

MAENZA. (*Por la primera derecha, deteniéndose sorprendido.*) ¡Doña Damiana!

D.ª DAMIAN.ª Buenas, Maenza.

MAENZA. Pero ¿no ha venido con usted doña Manola?

D.ª DAMIAN.ª Sí; sí ha venido.

MAENZA. (*Fijándose en Manola, que recorre la escena como si lo curioseara todo.*) No me diga usted quién es, doña Damiana: un hermano de doña Manola.

MANOLA. (*Tendiéndole la mano.*) ¡Hola, Maenza! ¿Cómo está usted?

MAENZA. (*Con asombro.*) Pero ¿nos conocemos?

MANOLA. Sí, hombre. Pues no le tengo reñido poco por lo distraído que es trabajando.

MAENZA. ¡Doña Manola! Pero ¿por qué se viste usted de pantalones?

MANOLA. Por lo mismo que usted.

MAENZA. ¡Por lo mismo!

D.ª DAMIAN.ª Sí, hombre, sí. Se ha transformado; ha sufrido una operación; se trataba de un caso clínico; ahora es hombre. Si quiere usted más explicaciones vaya a Berlín.

MAENZA. (*Aturdido.*) ¡No! Pero sí... ¡Ca! ¡Mentira! Digo, perdone. (*Haciendo mutis rápido por la clínica.*) ¡Don Gregorio! ¡Don Gregorio!

D.ª DAMIAN.ª Pero ¿qué hace tu marido que no sale?

MANOLA. Estará en el despacho. Calma.

D.ª DAMIAN.ª ¡Hija, es que yo tengo también muchas ganas de ver al mío!

MANOLA. Como no hemos llamado a la puerta él ignora que tiene visita.

D.ª DAMIAN.ª ¡Y qué visita!

MANOLA. ¡Pobrecillo! ¡Qué dos meses habrá pasado! Pero bien se lo voy a compensar cuando lo merezca.

D.ª DAMIAN.ª Oye. Si le vas a sacar en seguida del error no merecía la pena de un viaje tan largo.

MANOLA. Déjeme usted, que yo me entiendo.

D.ª DAMIAN.ª Sí que te voy a dejar, pero que ya mismo. Que estoy deseando llegar a mi casa y explicarle a tu tío las cosas poco a poco para que no se nos muera del susto.

MANOLA. Pues adiós, tía. ¡Qué buena es usted!

D.ª DAMIAN.ª Adiós, sobrino. (*Se dan la mano y ríen. Doña Damiana hace mutis foro. Manola coge un periódico, cruza las piernas y hace como que lee.*)

GREGORIO. (*Por la primera izquierda y como si hablara con* EUGENIA.) Sí, mujer, sí; lo que tú quieras. (*Al dirigirse a la clínica ve a Manola, que se oculta la cara con el periódico.*) ¡Eh! ¿Cómo no avisarán? Pase usted, caballero, pase usted.

MANOLA. (*Levantándose.*) En seguida.

GREGORIO. ¡Manola!

MANOLA. Ahora Manolo.

GREGORIO. ¡Manolo! (*Examinándola con la mirada.*) Pero ¡es posible!

MANOLA. ¡Un abrazo, chico! (*Se abrazan.*) Aprieta, aprieta, que no me haces daño.

GREGORIO. No; si es al revés.

MANOLA. No te quedes de una pieza, hombre. ¿Acaso no me esperabas así?

GREGORIO. Te esperaba; pero... la realidad está por encima de todo. ¡Que seas tú Manola!

MANOLA. Que lo haya sido.

GREGORIO. Eso. Que yo y tú..., que tú y yo... ¿Te acuerdas de todo?

MANOLA. De algunas cosas. Otras tienen que ayudarme para recordarlas.

GREGORIO. ¡Con lo que yo te he querido!

MANOLA. A mi hermana. Yo era el doble de Manola, que ya no existe.

GREGORIO. Sí; tú eres más bien mi cuñado.

MANOLA. Eso.

GREGORIO. ¡Ay, qué lío de familia!

MANOLA. ¿Querías mucho a tu mujer?

GREGORIO. ¡Hombre, tú no sabes la faenita que me has hecho! Manola y yo éramos felices, nos compenetrábamos en todo. Siendo como era un poco machote, jamás nos pegamos. Es decir: un día nada más; discutimos en mi despacho y me volcó el tintero en la cabeza.

MANOLA. Porque tuviste tú la culpa.

GREGORIO. ¿Te acuerdas de eso?

MANOLA. Tengo un recuerdo borroso.

GREGORIO. Como yo; muy borroso. ¡Manola de mi alma!

MANOLA. ¿Qué?

GREGORIO. No es a ti, hombre.

MANOLA. ¿Vas a llorar?

GREGORIO. ¿Es que no lloran los viudos? ¡Yo no me consolaré nunca! ¡Aquella mujer! (*Llora.*)

MANOLA. (*Conmovida.*) ¡Gregorio!

GREGORIO. ¡Calla, ladrón, que ninguna falta hacías en la familia! ¡Para esto sirven los cuñados!

MANOLA. ¡Animo! ¡Pobrecito mío! (*Va a besarle.*)

GREGORIO. (*Rechazándole.*) ¡Quita, hombre! A ver si formalidad.

MANOLA. Soy el hermano de Manola.

GREGORIO. Pues por eso, que no me fío yo ya de rientes.

EUGENIA. (*Por la primera derecha; se ha puesto un vestido de Manola.*) ¡Eh! ¿Qué tal, ¿Me está bien? (*Reparando en Manola.*)

MANOLA. Le está a usted que ni pintado; mejor estaba a mí.

EUGENIA. (*Contemplándola.*) ¡Dios mío, qué asombro

MANOLA. ¿Que le parezco?

EUGENIA. ¡Quién había de decir que era usted un chico guapo!

MANOLA. Tampoco yo me había fijado en que es usted mujer que atonta. Te felicito, Gregorio.

EUGENIA. Muy galante.
MANOLA. Te envidio, chico, te envidio.
GREGORIO. ¡Pero qué cosas llega uno a oír!
MANOLA. Y no nos hemos saludado, Eugenia. ¿Cómo está usted? (*Se dirige a ella dispuesta a darle un abrazo y un beso.*)
GREGORIO. (*Apartándola.*) No; verás. Vamos a ser buenos amigos.
MANOLA. (*Dándole un pellizco y un guantazo en tono bromista, pero que le hacen ver las estrellas.*) Con Manola no eras tan celoso, granuja.
GREGORIO. Te diré. Manola no me necesitaba a mí para que la defendiera. ¡Sabía dar unas bofetadas!
MANOLA. Pues Manolo las da más fuertes. Chico: yo no creí que te habías consolado tan pronto.
GREGORIO. No; si no es más que un pequeño alivio de luto. Ya comprenderás: la vida se impone. Ahora que eres hombre sabrás hacerte cargo.
MANOLA. Sí, sí.
GREGORIO. ¡Claro! Como que a todas las mujeres les convendría mucho ser hombres, aunque no fuese más que un ratito, para no tomar las cosas tan a pecho.
MANOLA. (*Reparando en las alhajas que lleva Eugenia.*) ¡Mi pulsera!
GREGORIO. La de mi mujer, que en paz descanse.
MANOLA. Es verdad. Nunca mejor empleada. (*A Eugenia.*) Usted merece otra de mucho más precio.
[E]UGENIA. Mucha gracias.
[G]REGORIO. Oye: no me la soliviantes. (*A Eugenia.*) Anda, márchate un momento, chica, que tenemos que hablar éste y yo de cuestión de intereses. Perdona, ¡eh!, pero son asuntos...
Sí, sí.
(*Haciéndola una caricia.*) Adiós, monada.
(*Haciendo mutis por la derecha.*) ¡Pero qué fenómeno más simpático!
(*A Gregorio.*) Oye: ¿no tienes más que ésta?
Mira, chico: hablándote con confianza, como debemos hablar nosotros, esto no es más que una cosa provisional. Que me cogió en los días más tristes, y... ya te harás cargo. ¡Pero le tengo echao el ojo a una confitera de la calle del Pez...!
[M]OLA. Me la enseñarás.
[G]ORIO. Bueno, sí; pero desde lejos. Que tú me estás resultando un cuñadito de cuidao.

MANOLA. ¿Te acuerdas cuando te decía Manola que le gustaría verte viudo a ver qué hacías?

GREGORIO. Sí. ¡Chico: qué presente tienes todo lo de tu hermana!

MANOLA. ¡Pues qué diría ahora si te viera!

GREGORIO. Hombre, si no estuvieras tú por medio, ya te puedes figurar. Pero también quería yo verla a ella si es a mí a quien le toca cambiarme el traje. ¿No has pensado en eso? ¡Mira que si yo me vuelvo Gregoria!

MANOLA. Bueno: vamos a hablar de la partición de bienes. ¿Te parece?

GREGORIO. Sí, sí. ¿Empezamos por las fincas rústicas o por las urbanas?

MANOLA. Déjate de bromas. Vamos a hablar de lo que hay en esta casa. Escucha. Yo no quiero llevarme nada que sea de mujer, ¿sabes? ¿Para qué me va a servir a mí?

GREGORIO. ¡Ah, claro!

MANOLA. Me llevaré la clínica y el taller.

GREGORIO. ¡Pero si tú no eres dentista; si tienes que empezar por aprender ahora a leer y escribir!

MANOLA. Eso ya lo veremos. Me llevaré la mitad de tus trajes, ¿no te parece?

GREGORIO. Muy bonito; y yo me pondré los de Manola.

MANOLA. ¡Ah, sí! Mira: todo lo que era de mi hermana me lo llevaré como recuerdo. Quién mejor que yo, ¿verdad?

GREGORIO. Sí; quién mejor. ¿No te llevas más, hija?

MANOLA. Este gabinete y la alcoba. Para ti el comedor y la cocina.

GREGORIO. Las dos me van a sobrar.

MANOLA. Además te dejo...

GREGORIO. El recibo de la casa.

MANOLA. Hijo: para lo que trajiste cuando nos casamos...

GREGORIO. ¡Ah! De eso te acuerdas.

MANOLA. Sí; el que parece que no se acuerda eres tú. ¿Qué llevaste tú a la boda?

GREGORIO. El padrino.

MANOLA. No te parece bien lo que te propongo. ¿Qué opinas? ¡Habla, hombre, habla! ¿Qué canturreas?

GREGORIO. (*En seguidilla.*)

¡Ole, Manolo!;
yo me voy a la calle;
te quedas solo.

(*Viendo a* MAENZA *que asoma, temeroso, a la segunda derecha.*) Pase, hombre. ¿Qué hace ahí?

MAENZA Nada. Ya sé que ahora se puede pasar. (*Tras mirar a Manola.*) ¡Ay, qué desengaño!

MANOLA. ¡Oiga! ¿Por qué?

MAENZA. Para don Gregorio, quiero decir. No somos nadie.

GREGORIO. ¿Qué se le ofrece?

MAENZA. Decirle que me voy.

GREGORIO. ¿Del todo?

MAENZA. Sí, señor.

MANOLA. ¿Por qué?

MAENZA. Porque he decidido entrar en un convento.

GREGORIO. ¿Para qué?

MAENZA. ¿Para qué va a ser? Para huir del mundo. Estoy convencido de que no somos ni siquiera lo que parecemos.

GREGORIO. ¡Ah! ¿Usted también?

MAENZA. (*Sin dejar de mirar a Manola.*) ¡Ay, ay, qué desengaño... para don Gregorio! ¡Tanta lucha, tanto orgullo! ¡Mire usted en lo que paran las vanidades y las pompas!

GREGORIO. Pero ¡qué perra ha cogido usted con el último acto del Tenorio!

MANOLA. Anda. Págale y no le entretengas.

GREGORIO. Eso es lo malo: que le voy a tener que entretener.

MAENZA. No se preocupe. A mí no me corre prisa cobrar.

GREGORIO. Bueno: pues en la otra vida ajustaremos cuentas.

MAENZA. Lo que sí quiero es que vea usted cómo dejo el taller.

GREGORIO. Magnífico; no se preocupe.

MAENZA. No, no; véalo o no me puedo ir. Mi conciencia no me permitiría...

GREGORIO. Ni media palabra.

MAENZA. Adiós, doña... Manolo.

MANOLA. Vaya usted con Dios y avíseme en qué altar lo ponen. (*Gregorio y Maenza hacen mutis segunda derecha.*)

DON BLAS. (*Por el foro con* DOÑA DAMIANA.) ¡Pero, hija, qué cosas se te ocurren!

MANOLA. ¡Tío! (*Le abraza.*)

DON BLAS. ¡Si pareces un tanguista americano!

D.ª DAMIAN.ª Tu tío se puso furioso cuando le conté toda la historia.

DON BLAS. No es para menos.

D.ª DAMIAN.ª Pero al decirle que lo que inventasteis para sa-

carnos dinero ha resultado, al fin, verdad, te lo ha perdonado todo.

DON BLAS. Si no es otra patraña, Manola.

MANOLA. ¡Chist! Calle usted. Ahora es verdad, tío. La vida tiene estas bromas. El nieto que ustedes soñaban, y que nosotros inventamos, va a venir al mundo como llamado por los deseos de ustedes. ¡Pero en qué ocasión!

D.ª DAMIAN.ª ¿Pues?

MANOLA. Que me divorcio, tía.

DON BLAS. Vamos, no digas disparates. Lo que tienes que hacer es dar fin a la broma, contarle a tu marido la verdad y vida nueva.

MANOLA. No, señor. Gregorio es un granuja. Le han bastado dos meses para ponerse en relaciones con Eugenia.

DON BLAS. ¿Ya lo sabes?

D.ª DAMIAN.ª Te dije yo que es peligroso querer saber más de lo que se puede.

MANOLA. ¡Engañarme tan pronto!

D.ª DAMIAN.ª No; esa no es la palabra: querrás decir olvidarte tan pronto.

DON BLAS. Natural. A ti, a Manolo, no le engaña.

MANOLA. Al contrario: todo me lo ha contado.

DON BLAS. ¡Será infeliz!

MANOLA. Tiene también a la vista una confitera.

DON BLAS. ¡Claro! El hombre se considera libre.

MANOLA. Pero si es que me juraba que jamás podría querer a otra mujer que a mí.

DON BLAS. Eso lo decimos todos por...

D.ª DAMIAN.ª ¿Cómo?

DON BLAS. Que eso lo decimos porque lo sentimos, pero si llega una cosa tan inesperada como la tuya... Compréndelo.

MANOLA. Bueno, tíos. Hagan el favor de dejarme un momento sola; quiero tener una entrevista con el primer amor de mi marido.

D.ª DAMIAN.ª ¡Oye! A ver si haces alguna tontería.

MANOLA. Tranquilícese usted. Nunca he estado mejor de nervios que ahora. Pasen, que ya les llamaré luego.

DON BLAS. Esta sobrina nos maneja como los muñecos del Piccolo. (*Entran por la izquierda. Manola se dirige a la derecha y empuja la mampara de la clínica.*)

EUGENIA. (*Asomando.*) ¿Está usted solo?
MANOLA. Sí. Y con ganas de que hablemos.
EUGENIA. ¡Ay, qué bien! A mí me pasa lo mismo. Me agrada mucho hablar con usted.
MANOLA. ¿Por qué razón?
EUGENIA. No sé. ¡Me resulta tan interesante; tengo una curiosidad!
MANOLA. ¿Sí?
EUGENIA. ¡Qué cosas, eh! ¡Con lo antipática que me era... su...
MANOLA. Mi hermana.
EUGENIA. Eso; su hermanita.
MANOLA. Vamos a ver: ¿cómo es posible que una chica tan guapa como tú se haya enamorado de ese mamarracho de Gregorio?
EUGENIA. (*Riendo.*) ¡Enamorada! ¡Podía!
MANOLA. ¡Ah! ¿No le quieres?
EUGENIA. ¡Qué voy a querer! ¿Es que usted no se acuerda de lo soso que era?
MANOLA. No. Yo hay muchas cosas de las que no puedo acordarme.
EUGENIA. ¡Ah! ¡Claro! Al cambiar de...
MANOLA. Eso.
EUGENIA. La memoria también...
MANOLA. Que sí. Entonces ¿por qué le hablas?
EUGENIA. Porque me conviene por ahora; ya comprenderá usted.
MANOLA. Háblame de tú.
EUGENIA. Como tú quieras. Ya te digo que es muy soso. En un mes y medio que hace que se me declaró, lo más atrevido que ha hecho ha sido darme un abrazo.
MANOLA. ¿Nada más?
EUGENIA. Y eso como quien otorga un favor, hijo. Algunas veces voy a hacerle una caricia y hasta se pone colorado. ¡Lo que yo me río haciéndole cosquillas delante de los clientes! O es muy orgulloso o es simple.
MANOLA. ¿Y tú qué sacas con hablarle?
EUGENIA. Anda, estas cosas. (*Indica un collar y una pulsera.*) Y que hago aquí lo que quiero. Soy el ama.
MANOLA. Sí, sí.
EUGENIA. Te hablo con esta franqueza porque me da en la nariz que vamos a simpatizar mucho tú y yo.
MANOLA. No lo dudes.

EUGENIA. Y como tú ya aquí no...
MANOLA. Fíjate: ¿qué tengo yo que ver con la otra?
EUGENIA. ¡Eso! ¡Ay, qué interesante eres!
MANOLA. A ver qué te parece mi plan: mis tíos, que son muy ricos...
EUGENIA. Ya lo sé.
MANOLA. Van a ponerme un pisito de soltero.
EUGENIA. ¡Qué bien!
MANOLA. Yo..., ya comprenderás, necesito alguien que me cuide.
EUGENIA. ¡Claro!
MANOLA. Si encuentro una mujer sin compromisos y que no me hable de casamiento...
EUGENIA. ¿Podría ser yo ésa?
MANOLA. Tú verás. Pero te advierto que yo... me parece que voy a ser muy celoso.
EUGENIA. ¡Manolo! Yo sería tu esclava.
MANOLA. Quiero decirte que hasta una prenda que me recordara otros amores me haría sufrir.
EUGENIA. ¿Lo dices por esto? (*Indicando el collar y la pulsera.*)
MANOLA. Sí. Eso te lo ha dado un hombre que te ha abrazado antes que yo.
EUGENIA. Pues verás tú lo que me importan. (*Se las quita y las tira sobre una mesita.*) Si a mí lo que me interesa eres tú, que me has chiflado desde que te he visto. Voy a quitarme este traje en seguida. ¿Estás contento?
MANOLA. Sí.
EUGENIA. Pues adiós, castigo. (*Se va por la primera izquierda a tiempo que* GREGORIO *sale por la segunda derecha.*)
MANOLA. Adiós, tormento.
GREGORIO. (*Sorprendido.*) ¡Castigo! ¡Tormento! ¡Ay, que me la quita!
MANOLA. Sí, señor. ¿Qué pasa?
GREGORIO. Nada, hombre. No vayamos a reñir, que no hace nada que nos conocemos.
MANOLA. A ésa me la llevo yo.
GREGORIO. Muchas gracias, cuñado; la familia debe ayudarse.
MANOLA. ¡Ah! ¿Te quedas igual?
GREGORIO. Me quedo mejor. Tú no te puedes imaginar lo que me estaba a mí pesando ese compromiso. Suponte tú que tengo en turno a una estanquera...
MANOLA. ¿No era confitera?

GREGORIO. Es que tiene estanco y confitería.
MANOLA. Me la enseñarás.
GREGORIO. Que te crees tú eso.
MANOLA. (*Malhumorada y dando paseos muy hombrunos.*) Me la enseñarás a la fuerza.
GREGORIO. Oye: imposiciones, no, ¡eh! ¡Le ha quedado el mismo genio de su hermana!
MANOLA. Tengo el genio que quiero. Me enseñarás a esa confitera y si me gusta te la quitaré.
GREGORIO. ¡Hombre: si no fueras un niño de pañales!
MANOLA. Soy un hombre; más que tú porque estoy más nuevo. Acabadito de salir de la fábrica.
GREGORIO. A lo mejor no carburas, hombre.
MANOLA. ¡Gregorio!
ARTURO. (*Por el foro.*) ¿Cómo? Pero ¿ya has regresado?
GREGORIO. ¡Hombre! Nuestro amigo Arturo.
ARTURO. (*A Manola.*) ¡Enhorabuena! (*Le tiende la mano.*)
MANOLA. (*Haciéndose la desentendida.*) Gracias.
ARTURO. Estás admirable. (*A Gregorio.*) ¿Admites también que te felicite?
GREGORIO. ¿Por qué no? Gracias a tu ciencia y al cariño que nos tienes se ha salvado una vida aunque yo haya perdido a mi mujer.
ARTURO. No hablemos de eso. (*A Manola.*) Me has dado una sorpresa. No esperaba encontrarte aquí.
MANOLA. De usted.
ARTURO. ¿Que te hable de usted?
MANOLA. Sí; tengo los mismos caprichos que mi hermana.
ARTURO. Es gracioso. ¿Has visto qué cosa más particular, Gregorio? Se acuerda de los caprichos de Manola.
GREGORIO. Tú seguramente que vendrás a hablarme de la conveniencia de que me marche a América, ¿No?
ARTURO. ¿Por qué? Venía a charlar contigo un rato; a aconsejarte si era preciso. (*Coge una silla para sentarse.*)
GREGORIO. No; no te sientes.
ARTURO. ¿Pues?
GREGORIO. Porque sentado me va a costar más trabajo darte el empujón para ponerte en la calle.
ARTURO. ¿A mí?
MANOLA. ¡Gregorio!
GREGORIO. El empujón que te debo desde hace dos meses, fecha en que me convencí de lo falsa que es tu amistad y de lo idiota que es mi mujer.

MANOLA. (*Asomándose con rapidez a la primera izquierda.*) ¡Emilia: una bata!

ARTURO. No he hecho más que pagar la broma que tú me diste cuando conocimos a Manola.

GREGORIO. Pero la tuya ha sido mucho más pesada y con peor intención, y...

MANOLA. Y con peor resultado para ti, porque éste se casó conmigo y tú te vas a casar con la Cibeles.

ARTURO. ¡Manola!...

GREGORIO. Ni media palabra más. Por ahí se va a la calle.

ARTURO. (*Dirigiéndose al foro.*) Sois tal para cual.

MANOLA. ¡Toma! Y que no se meta nadie por medio. (*Arturo hace mutis foro*).

EMILIA. (*Por la primera izquierda trayendo una bata de Manola. Se detiene sorprendida al ver a ésta.*) ¿Para quién es la bata?

GREGORIO. Para tu tía. (*Manola se la pone, y Emilia hace mutis sin salir de su asombro.*)

MANOLA. ¡Ven acá, farsante! ¿De modo que me estabas dando el camelo?

GREGORIO. Mira: no hablemos de camelo que te voy a tener que llamar muchas cosas.

MANOLA. ¡Dos meses que lo sabías!

GREGORIO. Desde que te fuistes a Alemania.

MANOLA. Pero ¿quién ha sido el soplón?

D.ª DAMIAN.ª (*Por la segunda izquierda seguida de su marido.*) La soplona.

MANOLA. ¡Tía! ¿Usted? ¿Por qué ha hecho usted eso?

DON BLAS. Porque con las cosas del matrimonio no se puede jugar, hija mía. Esa confitera de tu marido podría ser verdad a estas horas.

GREGORIO. Esa, no; pero una manicura que pasa por aquí todas las tardes...

MANOLA. ¡Gregorio! ¡Ay, Dios mío, qué vergüenza, qué plancha! ¡Tila! ¡Un tazón de tila!

D.ª DAMIAN.ª Cálmate.

MANOLA. ¡Ay, qué nerviosa!

GREGORIO. Acuérdate de que has sido un hombre.

DON BLAS. No te alteres, hija, que va en perjuicio de lo que tú sabes.

MANOLA. ¿Lo sabes tú, Gregorio?

D.ª DAMIAN.ª Sí, hija, sí. ¿Cómo no iba yo a decírselo?

MANOLA. ¡Pero usted es la radio! (*A Gregorio.*) En Berlín, ¿sabes?, en Berlín me di cuenta.

GREGORIO. Menos mal si no te han cobrado aduana al regreso.

D.ª DAMIAN.ª Dale un abrazo, hombre; no seas rencoroso. ¿Es que ese regalo no vale los malos ratos que hayas podido pasar?

DON BLAS. ¡Un nieto!

GREGORIO. Un hijo, que no soy tan viejo.

DON BLAS. Yo hablo por mí.

MANOLA. (*Mimosa.*) ¡Gregorio!

GREGORIO. Abraza a tu viudo. (*Se abrazan.*)

MAENZA. (*Que ha salido hace un instante.*) ¡Que vaya Rita al convento!

MANOLA. ¡Marido de mi alma!

EUGENIA. (*Por donde se fue, y vestida con su ropa.*) ¡Eh!

GREGORIO. ¡Manola! ¡Manolo!

MANOLA. Tú, que ya eso pasó.

GREGORIO. Me refiero al que va a ser Manolo de verdad. (*Eugenia cae sobre una butaca.*)

TELON

Obras de Luis F. de Sevilla

El número 13, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Modus vivendi, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
El mago prodigioso, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Reloj, barómetro y fonógrafo, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Cerote y compañía, juguete cómico en un acto.
Los noviazgos, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
La samaritana, comedia en tres actos. (En colaboración.)
El genio del león, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música de Rafael Millán.
El nuevo presidente, fantasía lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Faixá.
La mano que atosiga, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Millán (R.).
El país del oro, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Emilio Acevedo.
¡Ya escampa!, entremés. (En colaboración.)
La vaquerita, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Rosillo.
Juanilla la perchelera, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Alonso (F.).
Los cigarrales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Eduardo Granados.
Hotel retiro, humorada en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Navarro y Tadeo.
La prisionera, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Serrano y Balaguer.
La serrana, comedia lírica en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Santiago Sabina.
Los peliculeros, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La del soto del Parral, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Soutullo y Vert.
La capitana, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y E. Bru.

La mejor del puerto, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Alonso.
Guzlares, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Morató.
Al dorarse las espigas, zarzuela en dos cuadros y en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
El maestro campanillas, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
Los chalanes, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Morató.
La guitarra, sainete en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Fuentes y Navarro.
Los claveles, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro José Serrano.
Los naranjales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
Los marqueses de Matute, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Paca la telefonista, o el poder está en la vista, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.
Lo mejor de Madrid, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La ley seca, revista en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y Enrique Bru.
¡Esta noche me emborracho!, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La cautiva, zarzuela en tres actos. (En colaboración.) Música del maestro Jesús Guridi.
En tierra extraña, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.
Bonita y coqueta, sainete en un acto. Música de los maestros Cayo Vela y José Sama.
Cock-tail de amor, revista en dos actos. Música de los maestros Benlloch y Soriano.
Seis meses y un día, comedia asainetada en tres actos.
Carracuca, comedia asainetada en tres actos y epílogo, en prosa.
La chascarrillera, comedia en tres actos.
El abuelo Curro, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Mi querido enemigo, comedia en tres actos.
Las ermitas, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Sevilla la mártir, comedia en tres actos.
Madre Alegría, comedia en tres actos y en prosa. (En colaboración.)
La mentira mayor, humorada lírica en dos actos y cinco cuadros. (En colaboración.) Música del maestro Jacinto Guerrero.
Estudiantina, impresiones de un ambiente de juventud, en un prólogo y tres lugares. (En colaboración.)
La casa del olvido, comedia en tres actos y en prosa.

Precio: 2,50 pesetas.

PARA EL SERVICIO DE CONSULTA